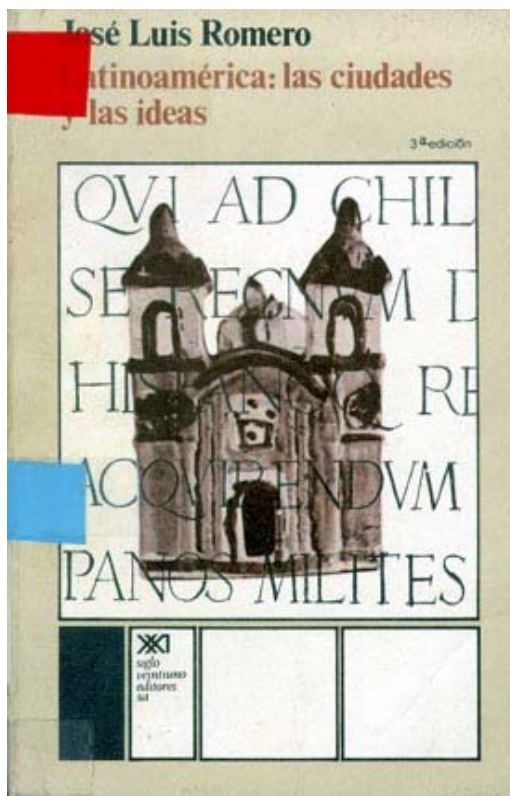


Latinoamérica: las ciudades y las ideas

José Luis Romero



Primera edición, junio de 1976
Cuarta edición, primera reimpresión
argentina, 1986
© Siglo XXI editores s.a.
Impreso en Argentina

**Este material se utiliza con fines
exclusivamente didácticos**

INDICE

INTRODUCCIÓN	9
1. LATINOAMÉRICA EN LA EXPANSIÓN EUROPEA	21
1. La primera expansión europea hacia la periferia	22
2. El papel de las ciudades en la expansión hacia la periferia	27
3. Actitudes señoriales y actitudes burguesas	29
4. El ajuste de la sociedad feudoburguesa	31
5. La segunda expansión europea hacia la periferia	34
6. Las sociedades que crearon los imperios	38
2. EL CICLO DE LAS FUNDACIONES	45
1. Las ciudades y las funciones preestablecidas.....	47
2. Los grupos urbanos originarios	57
3. El acto fundacional	61
4. La mentalidad fundadora	64
3. LAS CIUDADES HIDALGAS DE INDIAS	69
1. La formación de una sociedad barroca	73
2. Los procesos políticos	80
3. Hidalguía y estilo de vida	84
4. De la traza desnuda a la ciudad edificada	99
5. De la mentalidad conquistadora a la mentalidad hidalga	108
4. LAS CIUDADES CRIOLLAS.....	119
1. Vieja y nueva economía	121
2. Una sociedad criolla	123
3. La nueva fisonomía urbana	137
4. Reformas y revoluciones	150
5. Las burguesías criollas: ilustración y cambio	159
5. LAS CIUDADES PATRICIAS	173
1. La ciudad y el campo	176
2. Burguesías y patriciados	197
3. La lucha por las ideologías	205
4. Vista de la ciudad	217
5. Una convivencia acriollada	227
6. LAS CIUDADES BURGUESAS	247
1. Transformación o estancamiento	250
2. La movilidad de las sociedades urbanas	259
3. El ejemplo de Haussmann	274
4. La cotidiana imitación de Europa	283
5. Tensiones y enfrentamientos	300
6. El apogeo de la mentalidad burguesa	307
7. LAS CIUDADES MASIFICADAS	319
1. La explosión urbana	322
2. Una sociedad escindida	331
3. Metrópolis y rancheríos	349
4. Masificación y estilo de vida	363
5. Masificación e ideología	378
ÍNDICE DE AUTORES CITADOS	391

4. LAS CIUDADES CRIOLLAS

Constreñidas dentro del ámbito metropolitano pero asomadas al mundo mercantilista, las ciudades latinoamericanas comenzaron a volcarse, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, hacia ese escenario en el que se desenvolvía una economía más libre, prosperaba una sociedad cada vez más abierta y más aburguesada y cobraban vigor nuevas ideas sociales y políticas. Poco a poco disminuía la fortaleza del cerco que las mantenía encerradas dentro de las ideas y las formas de vida de sus metrópolis, y el empuje que cobraban nuevas formas económicas desencadenaba en los puertos y en las capitales actividades nuevas y, con ellas, nuevas actitudes en quienes las promovían y ejercitaban. El comercio fue la palabra de orden para quienes querían salir de un estancamiento cada vez más anacrónico: parecía como si la riqueza hubiera adquirido una nueva forma a la que había que adherir decididamente si se quería adoptar el camino del progreso.

El progreso fue también una palabra de orden. Pero no entraba fácilmente en el vocabulario de los grupos hidalgos que dominaban las ciudades barrocas. Para ellos la economía era inmóvil, la sociedad debía ser inmóvil. La palabra comenzó a circular entre grupos sociales que se constituían por entre los intersticios de la sociedad barroca y alcanzaron considerable fuerza en pocos decenios. Peninsulares ilustrados o simplemente comerciantes llegados al instaurarse el comercio libre identificaron la libertad mercantil con el progreso y se manifestaron progresistas hasta que descubrieron las protecciones que esa actitud podía tener en las colonias. En ellas la palabra progreso adquirió un sentido mucho más explosivo que en las metrópolis, y quienes la pronunciaron con la intención de puntualizar una resuelta voluntad de cambio fueron sobre todo los burgueses y los criollos, o mejor, fue la naciente burguesía criolla, cuya formación como grupo social sacudió la sociedad tradicional y le imprimió rasgos inéditos.

Ciertamente, la sociedad latinoamericana reveló por entonces que había sufrido un cambio sordo y toda ella había empezado a acriollarse. Pero no todos los sectores aprovecharon el cambio del mismo modo. Fueron las burguesías urbanas, cada vez más inequívocamente criollas, las que conquistaron rápidamente un puesto de vanguardia, y fueron ellas las que, a fines del siglo XVIII, constituyeron la primera élite social arraigada que conocieron las ciudades latinoamericanas. Sabían sus miembros que no estaban de paso, que su destino no era recalar en las metrópolis para disfrutar allí la riqueza alcanzada sino permanecer en sus ciudades e imponer en ellas sus proyectos económicos, sus formas de vida y de mentalidad. Se sentían comprometidos con su ciudad y su región y por eso asumieron con firmeza el papel de élite: no mucho después pensaron en la independencia política, y la alcanzaron a través de revoluciones urbanas que ellos encabezaron.

Con el ascenso de las burguesías criollas el sistema de las ciudades barrocas se esfumó, aunque dejara algún vestigio que alimentaría un modelo nostálgico de ciudad cortesana. Pero medio siglo antes de la Independencia las ciudades latinoamericanas comenzaron a ser inequívocamente criollas, y asumieron su realidad social y cultural. Por eso comenzaron a ser auténticas e iniciaron su verdadero proceso continuo y coherente de desarrollo, dejando atrás la artificiosa estructura de la ciudad hidalga.

Una ola de movilidad social se manifestó prontamente. La sociedad que se suponía inmóvil entró en un acelerado proceso de cambio, del que las convulsiones políticas de la Independencia fueron un signo y una etapa. Pero el proceso precedió y siguió a la Independencia. Según su intensidad y según el grado de eficacia de los grupos que ascendían, se consolidó más o menos una nueva economía y las ciudades progresaron, se estancaron o retrocedieron en su desarrollo, según las funciones que les tocó asumir en el nuevo sistema. Casi todas adquirieron, finalmente, un aire resueltamente urbano, porque la riqueza creció y fue suficiente para que se edificaran casas privadas y edificios públicos. La ciudad tomó forma y la vida de sus vecinos amplió su horizonte.

Algunas ciudades tuvieron bibliotecas y periódicos, pero por casi todas circulaban los libros y las ideas que por entonces sacudían a Europa. La ciudad criolla nació bajo el signo de la Ilustración y su filosofía. Y al calor de esas ideas renovadoras, tan caras a la burguesía, la ciudad acentuó su vocación ideológica. Tanto la vida urbana como la rural fueron sometidas a examen y sometidas a variados proyectos: moderados unos y extremados otros, casi todos encontraron partidarios que se jugaron por ellos con decisión. La ciudad fue escenario de fuertes tensiones porque las ideologías expresaban las tendencias sociales, económicas y políticas de grupos inestables para quienes el poder era la garantía de un sustancioso predominio. Hubo tradicionalistas y progresistas, reformistas y revolucionarios, y entre los revolucionarios,

moderados y jacobinos. Las ciudades hirvieron a fuego lento hasta la Independencia, y a fuego vivo después de ella.

1. Vieja y nueva economía

Si a lo largo del siglo XVIII se produjeron cambios importantes en la vida económica, no fue precisamente en los sistemas productivos. Casi nada cambió por entonces en las áreas rurales y mineras, fuera de los avatares de la prosperidad o la decadencia de algunas regiones. Poseedores de tierras y poseedores de minas desarrollaban sus explotaciones como antaño, pese a las disposiciones que regían el trabajo de indios y negros. Extinguido el sistema de la encomienda, el trabajo indio seguía siendo servil en la práctica; los esclavos negros trabajaron en las pocas explotaciones nuevas que aparecieron, como las de cacao en Venezuela o las de azúcar en Cuba. En rigor tanto las plantaciones como las minas mejoraron su organización en alguna medida, por el simple afinamiento de la rutina. Y, en relación con las ciudades, influyó de algún modo el papel regulador que la comercialización de los productos imponía. Vagos estímulos contribuyeron a acrecentar la producción para el mercado urbano: el crecimiento de las ciudades y de su consumo interno en primer lugar, y luego la difusión de algunas ideas relacionadas con el desarrollo de la agricultura. En las regiones ganaderas, el crecimiento de los hatos acrecentó gratuitamente la riqueza de sus poseedores. Y en las regiones mineras, la aparición de nuevas vetas o su extinción alteró en un sentido u otro la economía de la región.

Con la Independencia y las guerras que acompañaron al proceso de la organización del nuevo orden político, la economía rural sufrió rudos golpes. Tierras y minas cambiaron muchas veces de manos, pero en todas se sintieron las consecuencias de la conmoción social. La población rural sacudió su marginalidad y, al participar en guerras y revoluciones, rompió el ritmo tradicional de producción, algunas veces con graves consecuencias. Episodios como el de Boves en Venezuela o los que conmovieron después los llanos tuvieron, como en la pampa rioplatense, honda repercusión sobre la vida agraria.

Pero fue el desarrollo mercantilista lo que más profundamente modificó el ordenamiento económico. Sin duda crecía el mercado interno, y muy marcadamente en las ciudades, creando una expectativa considerable ante la posibilidad de acrecentar las importaciones, a las que podía y debía acompañar un incremento de los productos de exportación. Pero todo ese desarrollo posible contradecía el régimen monopolista que las metrópolis mantenían. Fuera del ámbito colonial era dado observar el creciente movimiento comercial que se desarrollaba, del que sólo llegaba a las colonias el reflujo que permitía el contrabando. Por esa vía no sólo se importaba sino que también se exportaba. Y el examen de las posibilidades excitaba el designio de romper el cerco impuesto por el régimen del monopolio.

Fueron las capitales y los puertos los centros donde este designio adquirió más vehemencia. Las poblaciones urbanas crecían, pero las posibilidades económicas no crecían en la misma medida. Cuando las metrópolis, influidas por nuevas ideas económicas, se decidieron a liberalizar el régimen comercial, la expansión fue notable y los cambios que se operaron generaron nuevas y más audaces perspectivas. En las últimas décadas del siglo XVIII tanto Portugal como España fueron adoptando diversas medidas para suprimir las trabas que contenían el desarrollo comercial y a principios del XIX ya se advirtió en las colonias el propósito de los sectores mercantiles de ampliar aun más sus perspectivas estableciendo relaciones directas con los centros del comercio inglés. En el mundo hispánico el proyecto se hizo realidad después de la Independencia, y en Brasil después de la llegada de Juan VI en 1808 y la apertura de los puertos. En los principales centros comerciales se agregaron a los comerciantes peninsulares que habían permanecido y a los criollos que habían crecido en importancia, los comerciantes extranjeros que se establecían como agentes para los negocios con sus respectivos países. Poco a poco las exportaciones y las importaciones empezaron a pasar entre sus manos, y fueron ellos los que introdujeron nuevas corrientes en el intercambio comercial.

Así se consolidó en las ciudades latinoamericanas un fuerte poder mercantil. Los sectores vinculados a la intermediación —el comercio y las finanzas— adquirieron una creciente influencia, y sus miembros procuraron vincularse también a la producción para reunir en sus manos todos los hilos del proceso económico. Desde entonces las burguesías mercantiles acentuaron su condición de grupo híbrido, entre urbano y rural. Pero fue desde las ciudades —capitales y puertos— desde donde se manejó la red de la nueva economía.

2. Una sociedad criolla

En rigor, el impacto mercantilista que estimulaba el desarrollo de las ciudades no fue el único factor que provocó la crisis de la ciudad barroca. Cuando se produjo estaba operándose una verdadera metamorfosis de la sociedad latinoamericana, o mejor, comenzaban a advertirse sus signos. Era, simplemente, el resultado del paso del tiempo, y sin duda sus primeras etapas quedaron disimuladas o encubiertas por la concepción barroca que presumía —y postulaba— la inmovilidad social. Pero el paso del tiempo anudaba las generaciones y modificaba sustancialmente la estructura de una sociedad que dejaba de ser la de los colonizadores y las clases sometidas para constituir un cuadro diferente: la sociedad se acriollaba y sus diversos grupos cambiaban en consistencia, en número y, consecuentemente, en sus relaciones recíprocas. "Fue en México, y no en Madrid", escribía Humboldt en el *Viaje a las regiones equinocciales*, "donde oí vituperar al virrey conde de Revillagigedo, por haber enseñado a la Nueva España entera que la capital de un país que tiene cerca de seis millones de habitantes no contenía, en 1790, sino 2.300 europeos, mientras que se contaban ahí más de 50.000 españoles-americanos". Eso era lo que venía pasando: en toda la América española calculaba Humboldt una población de 15 millones de habitantes de los cuales sólo 200.000 eran europeos, en tanto que había 3 millones de criollos blancos y el resto correspondía a las diversas castas. Y era lo que pasaría en lo sucesivo: sus consecuencias debían ser importantes.

Frente a los grupos de peninsulares, que no podían crecer sino por la inmigración constante, los grupos criollos crecían naturalmente, inclusive en el seno de los grupos de peninsulares que se radicaban. Criollos de primera generación, poco a poco se aproximaban a los que tenían ya varias generaciones de arraigo: y el conjunto, numéricamente creciente, adquiría progresiva coherencia y comenzaba a dislocar por su propia gravitación el sistema constituido. Pero no era el único sector que cambiaba al crecer y modificaba con ello el cuadro de las relaciones sociales. Fue, sin duda, el más importante, porque salió de él la nueva burguesía criolla que alcanzaría muy pronto una significación preeminente; pero junto con él cambió el sector de los pardos, como generalmente se llamaba a las castas cruzadas. Crecieron innumerablemente los grupos de mestizos y mulatos, a los que se agregaron sucesivamente sus hijos y nietos así como los nuevos mestizos y mulatos nacidos de nuevas uniones cruzadas. Y no sólo crecieron en número sino que, como los criollos, crecieron en significación social. Y aun podría agregarse lo mismo de ciertos grupos de indios, negros, zambos y otros cruces, que se incorporaron subrepticamente a la nueva sociedad con esa fuerza que otorga la coexistencia, capaz de vencer, aunque sea muy lentamente, las presiones que mantienen la marginalidad.

Como sin duda lo observaban quienes vituperaban al conde Revillagigedo, el crecimiento del vasto sector nacido en la tierra, unido a ella porque era la suya y la única que tenía, y sostenido por la esperanza de mejorar en ella su condición, constituía una amenaza para el reducido sector peninsular, débil en el fondo, porque o se renovaba con recién llegados o desembocaba en hogar de criollos si se radicaba. Junto al pequeño número de quienes constituían un grupo necesariamente desarraigado, puesto que sus miembros soñaban con el retorno a la península, crecía el grupo de los necesariamente arraigados, cuyo arraigo, por lo demás, se acentuaba con el tiempo. Era precisamente, una sociedad arraigada la que se estaba constituyendo, por primera vez en el ámbito latinoamericano, donde la sociedad barroca no lo había sido. Pero no era ése el único signo de la metamorfosis social que se operaba. Si la sociedad barroca pretendía ser una sociedad estática, la nueva sociedad acriollada era sustancialmente móvil y su empuje dejaba al descubierto las falacias del orden instaurado por los conquistadores y colonizadores que defendieron sus privilegios con el principio de la hidalguía. Ese empuje era propio de una sociedad espontánea y viva, como era la que se constituía por obra del crecimiento vegetativo y de la forzosa incorporación de grupos artificialmente marginados pero indispensables para la subsistencia del conjunto social. En las últimas décadas del siglo XVIII se hizo claro para muchos que esa nueva sociedad —la sociedad acriollada— imponía sus designios por sobre los artificiosos esquemas que pretendían ignorarla o contenerla. La polémica acerca de las aptitudes de los criollos en relación con las de los peninsulares cobró tanta acritud como vuelo. Y los que estuvieron atentos a los cambios que se producían no dejaron de advertir que la nueva sociedad apuntaba tanto en los campos como en las ciudades.

Ciertamente, sobrevivía la sociedad rural tradicional montada sobre las explotaciones mineras o agropecuarias, vigorosamente organizada sobre el régimen originario del trabajo indígena, apenas modificado a pesar de las disposiciones legales y de las preocupaciones humanitarias de algunos sectores de la iglesia y la administración. Pero a su lado, o más lejos, había comenzado a formarse una sociedad

espontánea, que no por ser decididamente marginal dejó de asomar poco a poco hasta hacer inocultable su presencia.

Era una sociedad desorganizada, inestable, pero sin duda creciente. Fue el resultado del desequilibrio entre un mundo rigurosamente ordenado a la manera europea —en las haciendas y especialmente en las ciudades— y otro apenas ocupado donde el que se instalara podía gozar de una libertad sin otros límites que los que la naturaleza o las poblaciones indígenas le impusieran. Era el mundo de las regiones no incorporadas a la explotación económica, o acaso el de las zonas abandonadas, dentro del cual cobraban particular atracción las regiones fronterizas hacia las cuales el tránsito era fácil y en las que las comunicaciones con el mundo organizado no estaban cortadas del todo. Pero todo el *hinterland* del mundo europeizado ofrecía la tentación del desarraigo, de la evasión del sistema; y hacia él se había producido una emigración variada y heterogénea. Había emigrado el que había llegado ilegalmente a las colonias y no podía resolver su situación, el desertor, el fugitivo de la justicia o el evadido del presidio; pero también habían emigrado indios y esclavos negros que escapaban de su condición servil —los negros cimarrones—, a veces individualmente o a veces en grupo. Junto a ellos aparecieron los aventureros en busca de fortuna: unos que exploraban filones mineros, otros que ejercían un pequeño comercio con los que ya estaban instalados; pero sobre todo los que buscaban algo que arrear: unas veces indios para vender en el mercado de esclavos, como los *bandeirantes* paulistanos, otras veces ganado cimarrón para negociar en las ciudades, otras negros esclavos fugitivos o aun libertos que podían ser llevados al mercado.

Sólo los quilombos de esclavos fugitivos adquirieron cierta organización comunitaria: y no sólo el de Palmares, o los del Rio das Mortes, sino los innumerables que se constituyeron luego, por ejemplo en los alrededores de Bahía, y quizá algunos grupos indígenas, como los que quedaron desarticulados después de la expulsión de los jesuitas o los que se agregaron a los grupos insurgentes en las últimas décadas del siglo XVIII; pero quienes imprimieron su sello a esta nueva sociedad fueron los emigrantes aislados, acompañados a veces de mujeres e hijos, que procuraron mantener una independencia cerril en los ranchos, jacaes o bohíos donde se instalaban sin vecindad a la vista. Reacios al trabajo metódico, hallaron en el pastoreo una forma de vida que combinaba el trabajo con el juego: fueron jinetes consumados y expertos conductores de hatos, hasta el punto de que las palabras con que se los designaba se transformaron muchas veces en sinónimos de pastores: sertanista, bandeirante, huaso, gaucho, gauderio, llanero, vaquero, charro, morochuco. Era una actividad libre y oscilante entre lo lícito y lo ilícito; pero el distingo carecía de importancia en esas áreas en las que se elaboraba un nuevo sistema de normas. El hombre luchaba por su vida y tenía preeminencia cuanto importaba para conservarla y defenderla: las bolas, el lazo y el cuchillo imponían al fin la voluntad del más valiente o el más diestro, y en el botín estaba la mujer del vencido y sus enseres, y acaso su caballo o los animales que había reunido. Y cuando la ocasión lo aconsejaba, se unían en banda —blancos, mestizos, negros— y como bandoleros emprendían sus acciones, muchas veces en los caminos y en pequeña escala y otras asaltando haciendas o aldeas en operaciones de cierta envergadura.

En las últimas décadas del siglo XVIII las sociedades urbanas y el mundo rural organizado cobraron conciencia de esta sociedad informal, inequívocamente autóctona, criolla, que crecía incontrolada y un poco misteriosa en el *hinterland* del mundo legal. Eran la gente "campestre", de hábitos rudos y ajena a la refinada urbanidad de la gente de ciudad. De pronto asomaban de alguna manera o alguien los descubría en los caminos, y percibía una cultura diferente: otras normas, otros ideales, otros usos y, sobre todo, otro lenguaje. Pero se descubría que escondían una raíz vernácula y que eran, inequívocamente, hijos de la tierra. Una cierta curiosidad —curiosidad por los contrastes— hizo que se prestara atención a esas costumbres y a ese lenguaje que parecían expresar la personalidad del grupo más arraigado de la sociedad; y en las últimas décadas del siglo XVIII comenzaron a penetrar en las ciudades, acaso por los suburbios, y muy pronto empezaron a ser recogidas por finos observadores que contrapusieron la imagen de las dos sociedades, la rural y la urbana, a veces a través del habla de cada una. Hacia 1778 circuló en Buenos Aires un romance en el que cantaba "un guaso en estilo campestre", cuyo lenguaje reaparecería en los *cielitos* de las guerras de la Independencia; algunas décadas después incluía Fernández de Lizardi en su *Periquillo Sarniento* un fragmento compuesto en el habla de los payos mejicanos, que reconocía antecedente en las piezas teatrales de José Agustín de Castro; y el nativismo brasileño —Da Gama, Durao— recogía por la misma época la emoción del paisaje y de las poblaciones aborígenes.

Ya antes de las guerras de la Independencia habían empezado a aparecer y a integrarse algunos grupos desprendidos de esa sociedad rural espontánea, arrastrados por las actividades ganaderas que vinculaban campo y ciudad. Luego, por las mismas razones, y más aún por el clima creado por el movimiento emancipador, grupos más y más numerosos irrumpieron en la tumultuosa sociedad que la revolución creaba incorporándose de pleno derecho. Montoneros rioplatenses, llaneros venezolanos,

sertanistas brasileños, engrosaron los ejércitos y encumbraron a sus jefes, "campestres" también, como hubiera dicho Azara, ruralizando aquella sociedad y sobre todo, acriollándola acentuadamente. El criollismo pareció patrimonio de las sociedades rurales, y fue esgrimido polémicamente contra las sociedades urbanas, a las que se acusaba de cosmopolitas y extranjerizantes. Así nació una especie de querrela entre campo y ciudad, destinada a durar largo tiempo y que parecía expresar una contradicción insanable.

No era así, sin embargo, sino simplemente la expresión de un matiz, porque las sociedades urbanas también se habían acriollado. Ciertamente residían en los puertos y las capitales los nuevos grupos de peninsulares que llegaron con otra mentalidad tras el establecimiento del comercio libre y algunos extranjeros, preferentemente ingleses, en los que esa mentalidad se extremaba; y eran esas nuevas ideas y actitudes las que prestaban a las ciudades ese aire que los grupos rurales denunciaban: eran, a su juicio, ciudades de comerciantes y "doctores" europeizantes que ignoraban o menospreciaban la nueva sociedad. Pero el juicio era exagerado. Aunque de otra manera, las ciudades habían sufrido un proceso social semejante al de las zonas rurales, y también allí se habían acriollado sus sociedades. Sólo que en ellas daban el tono no las clases populares sino los nuevos grupos burgueses, constituidos al principio a la sombra de las burguesías peninsulares y extranjeras pero indicando ya, en las postrimerías del siglo XVIII, su vocación de sustituirlas o, más bien, de encabezarlas orientándolas hacia sus propios fines.

Sin duda habían crecido también los grupos populares que, al crecer, manifestaban su condición acriollada. Fue un desarrollo tumultuoso. Los grupos peninsulares quedaron anegados no sólo por los criollos blancos sino por lo que se llamaban las castas, conjunto variado en el que entraban negros esclavos y libertos, mulatos, indios, mestizos, zambos y otros grados variados de cruce. Peninsulares y extranjeros llegaban por centenas; pero los esclavos aumentaban por millares; y entretanto las castas crecían vegetativamente de una manera vertiginosa. Como un dato entre tantos, Humboldt señalaba en su *Ensayo político sobre la isla de Cuba* que "en La Habana y sus arrabales se han multiplicado los blancos —debe entenderse peninsulares y criollos— en veinte años, 75% y los libres de color 171%". La sensación del viajero fue la de estar frente a una sociedad en crisis. "Si la legislación de las Antillas y el estado de las gentes de color —decía— no experimenta muy en breve alguna mudanza saludable, y si se continúa discutiendo sin obrar, la preponderancia política pasará a manos de los que tienen la fuerza del trabajo, la voluntad de sacudir el yugo y el valor de sufrir largas privaciones".

En otras ciudades del Caribe y del Brasil la preponderancia numérica de los negros crecía también: "50 corbetas —decía José de Silva Lisboa— hacían sólo en Bahía en 1781 ese transporte desde África". Y es bien conocido el cuadro que ofrecía Cartagena de Indias, emporio del tráfico negrero. Pero no sólo en esas regiones aumentaba la población negra, fueran esclavos o libertos. Buenos Aires tenía un importante mercado y, en Córdoba, Concolorcorvo, en *El lazarillo de ciegos caminantes*, decía haber visto vender dos mil negros "todos criollos", y los había, agregaba, "criollos hasta la cuarta generación". En Cuzco la proporción de indios era tal que Ignacio de Castro señalaba en 1788 que "como es tan numerosa la clase de los indios, de modo que todo el comercio se hace con ellos, se hace indispensable que la lengua de estos indios sea casi la universal de la ciudad. Todos los nacidos en el Perú hablan esta lengua, que se ha hecho necesaria para entender y ser entendidos; de modo que aun los señores de primera calidad hablan con los españoles en español, y con los domésticos, criados y gente del pueblo precisamente en la lengua índica". Quizá con menor dramatismo, el espectáculo era semejante en muchas ciudades. Antonio de Ulloa y Jorge Juan señalaban ya a mediados del siglo XVIII que, de las cuatro mil familias que residían en Santiago de Chile, la mitad eran españolas, esto es, blancas de peninsulares o de criollos, y la otra mitad eran de castas, la mayor parte de indios. Pero acaso el testimonio más expresivo de la abigarrada sociedad criolla, en la que empezaban a confundirse los diversos grupos sociales y raciales en proporciones variadas, y variables generación tras generación a medida que se acentuaba el arraigo de unos o la incorporación de otros, sea la descripción de Lima que hizo Simón de Ayanque —seudónimo de Esteban de Terralla y Landa— en la "obra jocosa y divertida" que publicó en 1792 con el título de *Lima por dentro y por fuera*.

Andaluz, radicado en México primero e instalado en Lima después, el jocoso poeta describe, no sin acritud, el mundo del mercado y las calles limeñas, que era el mundo de las clases medias y populares. Ayanque pone el énfasis en la convivencia de los grupos diversos, en la integración que habían alcanzado en la vida cotidiana de la ciudad, en el sentimiento de que la ciudad era de ellos y en el peso que ese abigarrado conjunto tenía en la ciudad virreinal. Dirigiéndose a un peninsular —en realidad a sí mismo— Ayanque pinta el ambiente de la plaza Mayor y del mercado que allí se realizaba:

Que divisas mucha gente
muchas bestias en cerco,
De la que no se distinguen
A veces sus propios dueños;

Que ves muchas cocineras,
Muchas negras, muchos negros,
Muchas indias recauderas,
Muchas vacas y terneros;

Que ves a muchas mulatas
Destinadas al comercio,
Las unas al de la carne,
Las otras al de lo mismo;

Que ves indias pescadoras
Pescando mucho dinero,
Pues a veces pescan más
que la pesca que trajeron;

Y recorriendo las calles le sorprende el mundo entremezclado:

Verás después por las calles
Grande multitud de pelos,
Indias, zambas y mulatas,
Chinos. mestizos y negros.

Verás varios españoles
Armados y peripuestos,
Con ricas capas de grana,
Reloj y grandes sombreros.

Pero de la misma pasta
Verás otros pereciendo,
Con capas de lamparilla,
Con lámparas y agujeros

.....
Que vas viendo por la calle
Pocos blancos, muchos prietos,
Siendo los prietos el blanco
De la estimación y aprecio.

Que los negros son los amos
Y los blancos son los negros
Y que habrá de llegar día
Que sean esclavos de aquellos.

Que estilan capas bordadas
Con riquísimos sombreros,
La mejor media de seda
Tisú, lana y terciopelo.

Que en esta clase de gente
Está el principal comercio,
Porque el mayor mecanismo
Es de mayor privilegio

.....
Verás en todos oficios
Chinos, mulatos y negros
Y muy poco españoles,
Porque a mengua lo tuvieron.

Verás también muchos indios
Que de la sierra vinieron,
Para no pagar tributo
Y meterse a caballeros.

Al compás de la enunciación, Ayanque puntualiza lo que sabe acerca de las relaciones entre los grupos populares y, sobre todo, sus posibilidades de ascenso social y de integración en los cuadros todavía pretendidamente rígidos de la sociedad hidalga:

Que una mulata, una zamba,
Y otras de este corto pelo,
Alternan en gala y traje
A uno de título expreso.

Que porque dio de mamar
Al señor Don Estupendo,
Es para el punto más arduo
El más favorable empeño.

Que la pública salud
Está en manos de los negros,
De los chinos, los mulatos,
Y otros varios de este pelo.
.....
Del rey del Congo los nietos,
Que estos señores doctores
Son los que pulsan las niñas,
Las damas y caballeros.

Que la fe pública está
También entre Macabeos,
En el de los Escribas
Y todos los Fariseos.

Hay mucho del mulatismo
Y del género chinesco
Que con papeles fingidos
Quieren mudar de pellejo.
.....
Verás con muy ricos encajes
Las de bajo nacimiento
Sin distinción de personas,
De estado, de edad ni sexo.

Verás una mujer blanca
A quien enamora un negro,
Y un blanco que en una negra
Tiene embebido su afecto.

Verás a un título grande
Y al más alto caballero,
Poner en una mulata
Su particular esmero.

Consustanciados con la vida de la ciudad, factores decisivos en ella, estos sectores populares de variada extracción y con diferentes expectativas se amasaron a lo largo del tiempo en un conjunto que iba cobrando diversos grados de homogeneidad. Fueron el "populacho", según la designación despectiva de la "gente decente", y aún había que agregar el grupo de los vagos y mendigos, blancos o pardos, cuya cofradía mexicana describe tan bien Fernández de Lizardi en el *Periquillo Sarniento*.

En los grupos medios no faltaban los blancos criollos. Quizá uno de ellos fue ese cerrajero que encontró el viajero John Luccok en Río de Janeiro, que usaba tricornio y se hacía llevar por un esclavo negro la caja de sus herramientas. Y entre ellos fue, precisamente, donde más estrechamente se produjo el proceso de interpenetración con los estratos inferiores que ascendían. Ciertamente, las relaciones fueron difíciles. Cada cierto tiempo un blanco podía apelar al color de su piel para dirimir una competencia. Pero las funciones medias fueron tesoneramente asediadas por mestizos, mamelucos y mulatos y, finalmente, más entraron los blancos criollos sin recursos en el juego de ellos que aquéllos en el suyo. Como productos de una cruz, mestizos y mulatos se transformaron en los intermediarios necesarios y eficaces dentro de una sociedad tradicionalmente escindida. Y esa intermediación fijó las funciones de los estratos medios, y entre ellas tuvieron que elegir los blancos criollos desheredados. En el fondo, cada vez fue más claro que todos eran criollos, que todos estaban arraigados en la tierra, que todos estaban unidos al mismo destino. Y esta convicción fue amasándose trabajosa pero firmemente y alcanzó considerable vigor en las postrimerías del siglo XVIII. A diferencia de las clases altas, los sectores medios, como las clases populares, aprendieron a sobreponerse a los prejuicios de raza sin dejar por eso de conservarlos.

Frente a los grupos populares y a las castas, mestizos y mulatos tuvieron predisposición a aliarse con los españoles; mamelucos y mestizos, sobre todo, conservaban el orgullo de su raza indígena, pero acusaban la tendencia a incorporarse a la nueva sociedad. Fueron capataces, encargados, mayordomos, agentes, todos los cargos que los blancos evitaban para disminuir las fricciones con los grupos sometidos. Pero ocuparon además otros muchos cargos y desempeñaron variadas funciones, siempre más próximos a los blancos que a las castas. Don Manuel de Campo Verde y Choquetilla, "español y descendiente por línea materna de legítimos caciques y gobernador de indios", fue designado maestro de postas de Oruro, según refiere Concolorcorvo; y en otro lugar apunta que "el comercio de los españoles se hace unos con otros, incluso los mestizos y otras castas que salen de la esfera de indios, bajando o subiendo". Un intento de consagrar ese ascenso de los mestizos fue la real cédula de 1795 que autorizaba a los pardos de Caracas a usar el título de "Don" pagando un arancel.

La proximidad o solidaridad de blancos y mestizos es tema frecuente en los diálogos que sostiene el mestizo Concolorcorvo con el visitador don Alonso Carrió a lo largo del *Lazarillo de ciegos caminantes*. Un indio bien tratado por el español y al que se viste y se enseña a estar limpio, ya pasa por cholo "que es lo mismo que tener mezcla de mestizo. Si su servicio es útil al español, ya lo viste y calza, y a los dos meses es un mestizo en el nombre". Era la del mestizo una condición privilegiada. Ejercía el comercio alternando con los blancos, practicaba oficios, y salvo cierta desconfianza que inspiraba por "sus picardías y ruindades" porque "son peores que los gitanos", podía compartir todas las actividades con los blancos criollos del sector medio. Precisamente Concolorcorvo, refiriéndose a mestizos e indios, hablaba de "criollos naturales", y aguzaba su ironía declarando que "los cholos respetamos a los españoles como a hijos del Sol".

Criollos naturales y criollos blancos hacían fermentar los estratos medios de la sociedad en la promiscuidad de las ciudades, cuya actividad permitía que unos escalaran la riqueza y otros se precipitaran en la miseria. Así, "bajando o subiendo", como decía Concolorcorvo, se entremezclaban de manera cambiante los miembros de ese estrato social, el más confuso, el más móvil y en el que más intensamente se produjo la transmutación que dio origen a la sociedad criolla.

Otros caracteres tuvo esa transmutación en las clases altas. Las formaban tradicionalmente los peninsulares, adscriptos a las funciones públicas, poseedores de minas o haciendas, o vinculados al comercio, estos últimos acrecentados en número a partir del establecimiento del comercio libre; pero al lado de ellos había ya en el siglo XVIII un extensísimo sector criollo inequívocamente mayoritario, de imprecisa fisonomía, tanto por la condición social y el origen como por las actitudes y las ideologías.

Tres sagaces observaciones hizo Humboldt sobre las clases altas en vísperas de la Independencia. "En las colonias —decía en su *Viaje a las regiones equinocciales*— la verdadera señal exterior de esa nobleza es el color de la piel", y con ello puntualizaba un límite que separaba, en general, a las clases altas de aquellas otras en las que predominaban los pardos aunque ocasionalmente apareciera algún blanco criollo. Pero al analizar los caracteres de las clases altas —"la nobleza"— señala la presencia de un sector criollo claramente escindido. "Existen —escribía— dos géneros de nobleza en todas las colonias. Una se compone de criollos cuyos antepasados han ocupado muy recientemente puestos elevados en América: funda en parte sus prerrogativas en el lustre de que goza en la metrópoli, y cree poder conservarlas allende los mares, cualquiera haya sido la época de su establecimiento en las colonias. La otra nobleza se atiende más al suelo americano: se compone de descendientes de los *conquistadores*, es decir, de los españoles que sirvieron en el ejército desde las primeras conquistas". Era, pues, una división entre criollos viejos y criollos nuevos, una división por el origen. Pero conduciendo su análisis desde otro punto de vista, Humboldt

distingue en la clase alta caraqueña "dos categorías de hombres, pudiéramos decir dos generaciones muy diversas. La una, que es al fin poco numerosa, conserva una viva adhesión a los antiguos usos, a la simplicidad de las costumbres, a la moderación en los deseos. Sólo vive ella en las imágenes del pasado: le parece que la América es propiedad de sus antepasados que la conquistaron; y porque detestan eso que se llama la ilustración del siglo, conserva con cuidado como una parte de su patrimonio sus prejuicios hereditarios. La otra, ocupándose menos aún del presente que del porvenir, posee una inclinación, irreflexiva a menudo, por hábitos e ideas nuevas. Y cuando esta inclinación se halla acompañada del amor por una instrucción sólida, cuando se refrena y se dirige a merced de una razón fuerte e instruida, sus efectos resultan útiles para la sociedad". Este distingo se funda en las actitudes y las ideologías.

Es, pues, visible que tanto en las colonias españolas como en las portuguesas se había ido formando una clase alta criolla, nacida en la tierra y comprometida con ella, y numéricamente mucho mayor que los grupos peninsulares. Firmemente asentada en sus privilegios, se mostró orgullosa y soberbia. Orgullosos fueron en Brasil los señores de ingenio y los señores de las minas; orgullosos fueron en el mundo hispánico los descendientes de encomenderos, los propietarios de minas; todos, en fin, los que pretendieron mantener una sociedad hidalga. Pero tanto orgullo y soberbia empezaba a condicionarse de acuerdo con nuevas circunstancias. La primera era la disminución a que estaban expuestos los criollos frente a los peninsulares, que echaban mano de sus prejuicios anticoloniales y antiamericanos para afirmar su ocasional supremacía. La segunda era la formación de sectores burgueses que se insinuaba en el seno de las clases altas criollas y que sacudían el viejo edificio de la sociedad hidalga.

La primera desembocó en una fuerte tensión entre criollos y peninsulares que, dada la disparidad numérica, era en el fondo una tensión entre la sociedad que se arraigaba y los grupos de poder político y económico que estaban instalados en las colonias. Esa tensión crecía sordamente y se puso de manifiesto muchas veces: cuando Juan VI llegó al Brasil acompañado de su corte portuguesa en 1808 y las altas clases criollas la enfrentaron hasta atraer a sus filas a D. Pedro; en los movimientos comuneros de Paraguay y Colombia; en los movimientos emancipadores que fracasaron y luego en los que triunfaron. Pero además se puso de manifiesto en una larga y variada polémica acerca del mérito y valor relativos de peninsulares y criollos. Concolorcorvo recogió pulcramente sus términos, y el padre Feijóo intervino en ella. Se sostuvo que la raza europea degeneraba en América, y en respuesta no faltaron los vituperios para españoles y portugueses a quienes los criollos veían movidos por un afán inmoderado de lucro. En los sectores populares criollos se despreciaba a los gachupines o chapetones —españoles— y a los mascates o emboabas —portugueses—. Pero en las clases altas la disputa se desarrollaba en otros términos, y acaso ningún texto sea tan expresivo como el discurso que pronunció en Lima, poco después de 1810, Mariano Alejo Alvarez, de la Universidad de Charcas, y que tituló *Discurso sobre las preferencias que deben tener los americanos en los empleos de América*. Cuando las tensiones políticas crecían, el odio se acentuaba y sus expresiones adquirían un carácter más agrio como el que anima el romance que circuló en Oruro en relación con el clima subversivo de 1781:

El ser Yndiano es maldad
Y el tener caudal le añade
La circunstancia más grave
que agravia a la Majestad.
.....
Prueba es de esta verdad
La infame persecución
Que sostiene el corazón
Del Europeo villano
Contra Oruro y todo Yndiano
Por no ser de su Nación.

La segunda circunstancia fue la formación de sectores burgueses criollos, esos que se sentían más hostilizados por "tener caudal" o que denunciaban su mejor derecho a obtener los empleos de América. Eran grupos tocados —directa o indirectamente— por las nuevas ideas del siglo XVIII y tentados por las nuevas posibilidades que ofrecía el mundo mercantil. Frente a ellos acentuaron sus pretensiones nobiliarias algunos sectores, de los que, por cierto, se burló Concolorcorvo con fina ironía. Pero a pesar de ellos se afirmó esa burguesía criolla que entrevió el papel de nueva élite que le estaba reservado. Muchos de sus miembros eran de familias llamadas nobles —como los "mantuanos" caraqueños— y otros lucían una nobleza recientemente adquirida —como los mineros mexicanos— a un precio que la corona fijó sin demasiados

escrúpulos. Pero ni siquiera éstos disimularon su decisión de imponerse como minoría dirigente de la sociedad criolla, y de someterla a sus designios, encuadrados dentro de la ideología cada vez más influyente del mercantilismo. La intermediación comercial pareció la actividad más tentadora. La ciudad debía ser su centro, y desde ella manejarían los controles de la actividad económica, manteniendo relaciones con los grandes centros comerciales del extranjero y ocupando las funciones públicas que reglaban aquella actividad.

Fue visible el crecimiento de ese sector a partir del establecimiento de la libertad de comercio: en Brasil particularmente después de la apertura de los puertos en 1808 y en el mundo hispánico tras la Independencia. A medida que crecía la burguesía criolla se desvanecía la ilusión de la sociedad barroca, a cuyos miembros criticaba Ayanque a la luz de nuevas ideas:

Este sumo despilfarro
Lo viene a vengar el tiempo.

Una nueva concepción de la vida lucharía por imponerse en esta sociedad que se había arraigado, compuesta de "criollos naturales" y de blancos criollos, y que había encontrado en la burguesía criolla una élite ajustada a los requerimientos y a las posibilidades de la época que se abría con la crisis de los imperios de España y Portugal.

3. La nueva fisonomía urbana

La progresiva maduración de una sociedad criolla que al constituirse tomaba conciencia de sí misma confluía con el acentuado incremento de la actividad comercial; de esa confluencia debía resultar una renovación en la fisonomía de las ciudades. Cambiaban sostenidamente sus sociedades y comenzaron a cambiar sus rasgos físicos: una manifiesta expansión, cierta opulencia algunas veces y una franca apertura hacia el mundo mercantil —tanto el de los negocios como el de los gustos y las ideas— empezaban a alterar los rasgos de la ciudad barroca.

Las calles y mercados anunciaban el cambio. Esa multitud de negros —diecinueve sobre cada veinte personas— que en 1774 Frézier observaba en las calles de Bahía, mientras pasaba el palanquín en el que cuatro negros llevaban al señor blanco, revelaba el mismo cuadro social que muchos otros viajeros contemplaban en otras ciudades hispánicas o portuguesas: privilegiados y no privilegiados diferían en muchas cosas, pero sobre todo en número. Y las calles, los mercados, las iglesias, los paseos, estaban cubiertos de esta nueva multitud de gentes que, cualesquiera fueran sus derechos explícitos, se incorporaba cada vez más a la vida urbana como por derecho propio.

Esa multitud era compleja y varia. A la hora de recogerse cada núcleo social se agrupaba en sus barrios, pero mientras duraba la actividad cotidiana los grupos se interpenetraban, inclusive los más cerrados y exclusivistas. Comprar y vender eran funciones que intercomunicaban y durante un instante equiparaban a los dos términos de la operación. Quizá por eso repararon tanto los viajeros y observadores en el papel de las mujeres que llenaban las calles y el mercado, cada una de las cuales volvía luego a su núcleo con algo de lo que había comprado, pero también con algo de lo que había oído y aprendido. La mulata o la mestiza observaba los vestidos, las costumbres y el lenguaje de su cliente de buena posición y procuraba imitarla; pero su cliente aprendía los usos vernáculos y populares y terminaba gustando del encanto de los colores vivos que ostentaban las ropas de las gentes del pueblo, de sus platos preferidos, de las palabras vernáculos que incorporaba al español, de los giros lingüísticos que inventaba el ingenio popular:

Verás en la mayor plaza
Golpes de finos conceptos
En cualquiera verdulera
En cualquier carnicero.

como observaba Ayanque en Lima, porque las gentes de la calle

aunque con semblantes pardos
son de muy claros ingenios.

Y si aceptaba el cacharro o el tejido, se preparaba para aceptar las supersticiones y creencias, la prescripción de la vieja experimentada en males del cuerpo y las formas de expresión corporal. El culto mismo se hibridaba; las aproximaciones entre el cristianismo y las religiones vernáculas se producían no sólo en las castas sino también en los blancos; y así como se terminaba tributando culto a una imagen mestiza se admitía en los días festivos el baile de los negros —el batuque— delante del templo en una ciudad tan conservadora como Olinda.

No se privaban las mujeres de clase alta de circular por este mundo abigarrado. En San Pablo como en Lima llegó a ser una cuestión candente el del rebozo o mantilla en que se envolvían. Pero tanto el atuendo, del que no se sabía si ocultaba a una marquesa o a una mulata, como el osado comportamiento acercaba los grupos sociales. Se las veía en los tenduchos o en el mercado hurgando hasta encontrar lo que buscaban, y el forcejeo por la calidad o por el precio enriquecía el diálogo que, por lo demás, comenzaba en la casa misma entre el ama y las criadas. Y entretanto, los varones de clase alta, que estaban obligados a la convivencia con las castas por sus ocupaciones y negocios, la buscaban a la hora del esparcimiento y la encontraban en las amantes más o menos duraderas o en los ambientes de jolgorio o en las casas de juego.

Donde corría el dinero, como en Potosí o Villa-Rica, el juego y el desenfreno alcanzaban sus últimos límites. El minero dejaba fortunas sobre el tapete, y no gastaba menos en prostitutas, mulatas las más, con las que terminaba la noche. Y no faltaron los virreyes —Amat en Lima o Solís en Bogotá— que cayeron en el escándalo. Juego y prostitución fueron dos caminos importantes en la aproximación de las clases y castas. Y alrededor de las dos profesiones se movía el cinturón del hampa, con asesinos y ladrones "de espada, carabina o pistola", como decía Concolorcorvo y el mundo de los pícaros y mendigos que Fernández de Lizardi retrató en *Periquillo Sarniento*, espejo de la capital mejicana en vísperas de la Independencia. En las *Coplas del ciego de la Merced* daba el fraile limeño Castillo Andraca y Tamayo su versión de este mundillo de su ciudad, como Concolorcorvo la de otros que recorrió en su largo viaje.

Una sociedad muy abigarrada no tenía por qué tener formas muy definidas de vida. Si eran inestables los grupos sociales, lo eran también sus formas de comportamiento. Sólo en las ciudades provincianas y en las que quedaron estancadas se conservaron las formas tradicionales de vida. Pero en todas aquéllas que crecieron y en las que se aceleró el proceso de formación de la nueva sociedad criolla con la interpenetración de clases y castas predominó una especie de anomia, signo de la intensa movilidad social. Sólo las clases altas sabían cuál era su sitio y, en consecuencia, cuáles eran las normas que la regían; pero los estratos medios y populares manifestaron una intensa fluidez, que preparaba la intensa crisis que seguiría a la Independencia. Fructífera a la larga, puesto que se gestaba en ella la formación de un nuevo ordenamiento social, esa crisis estaba en el curso normal del proceso social, que desbordaba los límites y las constricciones del régimen surgido de la conquista. Nadie sabía quién era quien en los sectores medios y populares de una ciudad —capital o puerto, especialmente— que crecía con nuevas actividades de inesperadas perspectivas para personas y grupos antes estancados.

La multitud abigarrada, rica en matices de color, de costumbres, de posición económica, inundaba la ciudad los días de fiestas públicas, si había corrida de toros o procesiones. El núcleo de la festividad era ordenado. El tablado para la jura de Carlos IV reunía a los notables, y notables eran también los que rodeaban el estandarte real y los que participaban de la cabalgata o la escaramuza con que se solemnizaba — como en Bogotá en 1789, por obra del Alférez Mayor don Luis de Caicedo— la ceremonia del juramento. Pero en los alrededores estaba volcado un pueblo al que se le arrojaban monedas: era esa abigarrada y numerosa sociedad que disfrutaba por su cuenta y a su manera el ocio ocasional, el espectáculo, las luces, todo lo que rompía su rutina. Luchaban unos y otros por las monedas arrojadas, metían las narices en la ceremonia, pero disfrutaban de su propia fiesta comprando dulces o carnicas a los innumerables vendedores que circulaban entre ellos, bebiendo pulque o chicha, quizá bailando o cantando en sus corrillos, para regresar finalmente a sus casas con el sentimiento de que eran el "populacho", distinto de la "gente decente". Sólo en raras ocasiones eran los blancos los que asistían a las fiestas de las castas, como cuenta Concolorcorvo refiriéndose a Cuzco.

Pero sólo para la "gente decente" el populacho era un grupo social coherente. Cada uno de sus miembros sabía que estaba dentro de un conjunto fluido y que dependía de él, y de su buena estrella, subir o bajar tanto en fortuna como en posición social. Y en la lucha cotidiana procuraba cada uno apoyarse en sus inferiores para trepar e imitar a sus superiores para que cuanto antes lo confundieran con ellos.

Al calor de las inquietudes del tiempo, algunos aprendieron a leer y a escribir, y entre ellos hubo quizá el que aprovechó sus conocimientos para leer libros o acaso periódicos, que por entonces empezaron a circular en algunas capitales: el *Mercurio Volante* en México, el *Mercurio Peruano* en Lima, el *Papel Periódico de Santa Fe* en Bogotá, las *Primicias de la cultura de Quito*, el *Telégrafo Mercantil* en Buenos

Aires. Estas preocupaciones por lo que pasaba en el mundo eran más bien de clase alta; pero las noticias corrían, circulaban por los cafés que habían comenzado a establecerse en varias ciudades y allí se confundían parroquianos de clases diversas y se confrontaba las opiniones. Y en los teatros y coliseos que empezaban a abrirse, como en los paseos públicos, la sociedad abigarrada tenía ocasión de alternar con las clases altas, luciendo cada uno las ropas con que quería testimoniar su posición social, o acaso la que aspiraba a tener.

Las ropas constituyeron un problema singular en la vida de esas sociedades urbanas en las que la ostentación del nivel social y la preocupación por el ascenso llegó a ser, más que una obsesión individual, la expresión de una filosofía de la vida, de una ideología. También lo fueron la casa y el coche, las joyas y los criados, todo, en fin, lo que significaba un signo de cierta posición social. En pequeña escala, pero con mucho dramatismo, esta carrera contra la realidad se advertía en los niveles altos de las castas, especialmente mestizos y mulatos. Era explicable, pues se trataba de salir de ese conjunto para individualizarse y salvar el foso que los separaba de las clases privilegiadas. Pero en éstas la preocupación no fue menor, porque para muchos era tan difícil mantener la posición como para otros conquistarla, sobre todo cuando empezó a acelerarse el proceso de enriquecimiento. Tremendos esfuerzos se invirtieron en parecer lo que no se era:

Las que queriendo alternar
En el lujo y lucimiento
En mil empeños se ven
Por salir de tanto empeño.

Estas van muy adornadas
De alhajas de mucho precio,
Faldellines de tisú
Diamantes, ricos arreos,

Plumas, piochas, tembleques,
Delantales sobrepuestos
Encajes finos, trencillas,
Y otros adornos diversos.

Y juzgando que son suyos,
Salimos, amigo, luego
En que todo es alquilado
Y todo lo están debiendo.

Así describía Ayanque los afanes de las limeñas para defender su posición y su prestigio. Pero Fernández de Lizardi, más filosófico, ponía en boca de uno de sus personajes reflexiones más explícitas acerca de esta preocupación obsesiva que revelaba la peculiaridad de la sociedad, más que móvil, movilizada por la aceleración que introdujo el movimiento mercantilista: "No crea usted que consiste en otra cosa la mucha pobreza que se advierte en las ciudades populosas, que en el lujo desordenado con que cada uno pretende salirse de su esfera... Las mujeres poco prudentes no son las que menos contribuyen a arruinar las casas con sus vanidades importunas. En ellas es por lo común en las que se ve el lujo entronizado. La mujer o hija de un médico, abogado u otro semejante quiere tener casa, criados y una decencia que compita o por lo menos iguale a la de una marquesa rica; para esto se compromete al padre o al marido de cuantos modos le dicta su imprudente cariño, y a la corta o a la larga resultan los acreedores; se echan sobre lo poco que existe, el crédito se pierde y la familia perece". Y concluía: "Fuera de que, bien mirado, es una locura querer uno aparentar lo que no es a costa del dinero, y exponiéndose a parecer lo que es en realidad con deshonor".

En verdad, esta preocupación obsesiva de las clases altas era un resabio de la tradición hidalga, que subsistió escondido en la sociedad que se trasmutaba y aceptaba los módulos de la burguesía ilustrada europea. Una marcada preocupación por el decoro movía a esos grupos que constituían la "nobleza" de las ciudades. Pero era una nobleza discutible. De la de Lima decía Concolorcorvo: "En esta ciudad hay muchos títulos de marqueses y condes y mucho mayor número de caballeros cruzados en las órdenes de Santiago y Calatrava que a excepción de uno u otro tienen suficientes rentas para mantenerse con esplendor, a que se agregan muchos mayorazgos y caballeros que se mantienen de sus haciendas y otras negociaciones decentes

para vivir y dar lustre a la ciudad. No dudo que en la de su nacimiento como en las otras de este vasto virreinato haya familias ilustres, pero el número de todas ellas no compone el de esta capital, en donde se hace poco juicio de los conquistadores, pues aunque no faltaron algunos de esclarecidas familias, se aumentaron éstas cuando se afirmó la conquista". Y hablando de las clases altas de Córdoba, en Argentina, apuntaba no sin ironía: "no sé cómo aquellos colonos prueban la antigüedad y distinguida nobleza de que se jactan".

Lo cierto es que las clases altas, fueran o no de antigua nobleza, procuraron conservar un "modo de vida noble", con buena casa, buena vajilla, coches y criados. Humboldt, que las frecuentó en los primeros años del siglo XIX en Caracas, Bogotá, Quito, Lima, México y La Habana, conservó de ellas el recuerdo de su urbanidad, su cordialidad y una gran sencillez en los modales; pero más le llamó la atención el interés de muchas familias por el mundo mercantil y por alcanzar una educación acorde con la época de las luces. Sin duda reparaba el agudo observador en la penetración de las nuevas ideas y en la difusión de las nuevas actitudes burguesas, compatibles, por cierto, con la conservación de algunos resabios señoriales. Saraos y tertulias reunían con frecuencia a las familias aristocráticas: hasta ochenta señoras "vestidas y peinadas a la moda, diestras en la danza francesa y española", había visto Concolorcorvo en un sarao de Buenos Aires, que sin embargo no tenía, en 1773, el esplendor de las grandes cortes. Pero además de las reuniones mundanas comenzó a difundirse el gusto por las tertulias que se llamaban literarias, pero en las que ahora, más que de literatura solía hablarse de política, de filosofía, de economía y de ciencias. Por entonces formó en Buenos Aires su notable biblioteca el padre Juan Baltasar Maziel, apenas comparable, por lo demás, a las muy nutridas de otras capitales: gracias a ellas habían podido surgir eruditos tan densos como Carlos de Sigüenza y Góngora, en México o los peruanos Pedro de Peralta Barnuevo y Pablo de Olavide en Lima. Otra generación —la de los precursores de la Independencia— preferiría a la pura erudición la lectura de las obras políticas más revolucionarias: Nariño, Torres, Santa Cruz y Espejo, Tiradentes, Egaña, Villava, Moreno, Monteagudo. Y casi en penumbras, algunos grupos se aplicaban a los estudios científicos, como el que se reunió en Bogotá alrededor del sabio José Celestino Mutis y encabezó luego Francisco José de Caldas.

La vida mundana —salones y paseos, visitas y novenas— y la vida intelectual satisfacían las exigencias de esas clases altas, no siempre ociosas, pues muchos de sus miembros estaban aplicados a renovar sus perspectivas económicas al calor de las nuevas posibilidades que ofrecía la apertura de los puertos, antes y después de la Independencia. Pero poco a poco las ciudades comenzaron a politizarse. Los grupos se dividieron según sus ideologías —progresistas o tradicionalistas— y las tensiones crecieron en la vida urbana. Cada decisión del poder fue cuestionada o defendida, según los intereses que afectaba o las intenciones que se creía ver en ella. Y lo que al principio fueron murmuraciones pasaron más tarde a ser opiniones sostenidas públicamente con vehemencia. Esa politización delineó los frentes de combate y cuajó en los movimientos revolucionarios, movimientos urbanos que encabezaron generalmente las nuevas burguesías criollas, sin perjuicio de que a veces echaran por delante figuras no comprometidas. Y cuando llegaron al poder, la ruptura del armazón tradicional liberó las fuerzas de esa sociedad criolla que se estaba gestando, inmadura, incierta en sus objetivos después del triunfo, dividida en grupos con intereses encontrados y movida en el fondo por el vehemente deseo de cada uno de sus miembros de ascender social y económicamente.

Los años que siguieron a los movimientos emancipadores modificaron la fisonomía de las ciudades. Muchas tomaron un aire jacobino que aceleró el proceso de cambio de mentalidad en grupos más vastos que los comprometidos inicialmente en la revolución. Otras, por el contrario, vieron apretarse las filas de los sectores conservadores. Y aun en las primeras, lograron esos sectores apagar la llama inicial. Pero nada de todo eso fue sin lucha. A la calma tediosa de la ciudad barroca siguió una agitación permanente, a través de la cual iba haciendo su presentación en escena cada uno de los grupos que se consideraba con derecho a participar en el proceso político que se había abierto: los notables en los despachos oficiales, el pueblo en la plaza Mayor, los conspiradores en los cuarteles, los murmuradores en las tertulias, los instigadores en los bufetes. Así se manifestaba la progresiva maduración de la nueva sociedad, antes inerte y ahora volcada a la acción, que imprimía su sello a la ciudad criolla.

También quedaron impresas las huellas de este cambio en la ciudad física. El crecimiento de las ciudades, generalmente muy lento hasta mediados del siglo XVIII, comenzó a acelerarse especialmente en las últimas décadas del siglo, sobre todo en aquéllas que recibieron súbitamente el impacto de la activación comercial. Más y mejores casas comenzaron a levantarse en terrenos antes baldíos y la ciudad fue llenándose. La población urbana creció, al tiempo que se acentuaba la participación de grupos arraigados que se diferenciaban. Ciertamente, muchas ciudades permanecieron estancadas. Al finalizar el siglo XVIII,

ciudades tan significativas como Concepción o Valparaíso en Chile no sobrepasaban los 5.000 habitantes. Giraban alrededor de los 10.000 Asunción y Montevideo, que serían muy pronto capitales, así como Córdoba, Oruro, Barquisimeto o San Pablo. Bogotá reunía 20.000 habitantes, y estaban alrededor de los 40.000 Santiago de Chile, Río de Janeiro, Caracas y Buenos Aires. Lima alcanzaba los 60.000; y sobrepasaban los 100.000 habitantes Salvador de Bahía y México. Era esta última la más llamativa para el viajero europeo. "México —escribía Humboldt en 1803— debe contarse, sin duda alguna, entre las más hermosas ciudades que los europeos han fundado en ambos hemisferios. A excepción de Petersburgo, Berlín, Filadelfia y algunos barrios de Westminster, apenas existe una ciudad de aquella extensión que pueda compararse con la capital de Nueva España por el nivel uniforme del suelo que ocupa, por la regularidad y anchura de las calles y por lo grandioso de las plazas públicas. La arquitectura, en general, es de un estilo bastante puro y hay también edificios de bellísimo orden". Tres siglos habían bastado para consumir este inmenso esfuerzo.

Forzadas por su expansión y por su desarrollo demográfico, las ciudades latinoamericanas debieron empezar a preocuparse por los problemas que aparecían en ellas. Menos en el Brasil que en el mundo hispánico, los funcionarios progresistas tomaron nota de los trastornos cotidianos que ocasionaba el desorden urbano y algunos empezaron a aplicar modernas ideas para racionalizar lo que hasta entonces se había desarrollado espontánea y desordenadamente. Revillagigedo en México, Amat en Lima, Vértiz en Buenos Aires, González Torres de Navarra en Caracas, Mestre Valentín en Río de Janeiro y otros más en menor escala tomaron medidas de diverso alcance para mejorar el aspecto y el funcionamiento de las ciudades. Desde 1753 había en San Pablo un "oficial arruador" para poner orden en la confusión de calles y callejones. En otras ciudades se hizo más. Se procuró regularizar el trazado de la ciudad, delimitar los espacios libres, trazar o mejorar los paseos públicos y someter a algunas reglas la edificación. Pero lo que preocupó más fue ordenar el funcionamiento de la ciudad. La sociedad abigarrada usaba la ciudad más que antes y desbordaba los lugares públicos, de modo que la preocupación por la limpieza elemental fue la primera que apareció. El aprovisionamiento de agua por medio de fuentes públicas y el sistema de alcantarillado se mejoró en las capitales, en las que empezó a instalarse un rudimentario alumbrado público. Se crearon hospitales, cementerios, hospicios. Más importante que todo eso fue la organización de la policía urbana, antes quizá innecesaria pero la sociedad abigarrada estimulaba el desarrollo de esos meandros de mala vida que amenazaban la paz ciudadana. El asesino y el ladrón se ocultaban no sólo en sus tugurios sino también en las casas de juego, en los lupanares, en las tabernas. Y comenzaba a ser difícil identificar a cada uno en la mezclada sociedad de las castas que ocupaba el mercado y las calles.

Sobre todo ocupaban los suburbios que habían empezado a aparecer. Más allá de las veinte o treinta manzanas más próximas a la plaza Mayor la edificación raleaba y un poco más allá, según las ciudades, comenzaba el borde urbano-rural. Sobre él fue apareciendo el suburbio, mezquino conjunto de ranchos quizá agrupados alrededor de una pulpería o de una capilla, próximo a veces al matadero o a un mercado de extramuros o a una plaza de carretas. Allí vivían los más pobres, o los que trabajaban las huertas para llevar sus frutos al mercado urbano, o los que buscaban en ese ambiente una coyuntura para ejercer un oficio o un comercio. Pero, además, en el juego de los que emigraban del campo hacia las ciudades y de los que huían de ellas hacia aquél, el suburbio cumplía un papel de etapa, y la población que resultaba de esa amalgama se caracterizaba por su inestabilidad y por su marginalidad, lindante a veces con la mala vida.

La aparición de los suburbios correspondía a una incipiente diferenciación de los barrios. No faltaron suburbios aristocráticos, especialmente como lugares veraniegos; pero normalmente las clases altas ocupaban el centro de la ciudad. Mientras las manzanas próximas a la plaza conservaban, en su conjunto, el mayor prestigio, algunas calles definían su fisonomía algunas alineaban las casas de las familias más importantes y otras reunían los comerciantes o artesanos de un mismo ramo. Pero un poco más allá las parroquias más alejadas, a cuyo alrededor se iba apretando la edificación, constituían barrios populares donde habitaban las castas, o, dicho de otra manera, las clases populares. Pocos blancos veíanse en ellos o acaso ninguno, ni siquiera de paso, porque en ellos recuperaban sus habitantes ese sentimiento de grupo del que procuraban despojarse cuando en el ajetreo cotidiano del mercado o la calle debían tratar con su clientela o satisfacer a sus patrones. Allí solían celebrar sus propias fiestas a su modo e imponían sordamente sus propias normas de vida, sin perjuicio de que un día vieran violada su consentida autonomía por alguaciles y corchetes.

Ciertas ciudades amenazadas erigieron por entonces nuevos fuertes, de acuerdo con las concepciones dieciochescas de la ingeniería militar; y algunas levantaron o perfeccionaron sus murallas. Eran obras ingentes —como las de Cartagena de Indias— frentes a las cuales la arquitectura civil o religiosa parecía modesta. No siempre lo era, sin embargo. La ciudad que se poblaba y crecía contaba con unas clases

altas que no vacilaban en invertir gruesas sumas para levantar ricas iglesias y hermosos palacios. Dos ricos mineros mejicanos, José de la Borda y Antonio de Obregón y Alcocer, levantaron en la segunda mitad del siglo XVIII dos joyas del barroco: Santa Prisca, en Taxco, el primero, y San Cayetano de la Valenciana, en Guanajuato, el segundo. Bandeirantes afortunados poblaron de iglesias la ciudad minera de Villa-Rica, donde lucirían las esculturas del Aleijadinho. Y el esplendor económico de las últimas décadas del siglo permitiría no sólo agregar nuevos templos en ciudades ya cargadas de ellos, como Bahía o Quito, y completarlos a veces con nuevas fachadas y dependencias, sino también levantar nuevos y definitivos en ciudades que no habían conocido sino precarias construcciones. Así surgieron las iglesias de Buenos Aires —San Ignacio, Nuestra Señora del Pilar— o las de Santiago de Chile, donde el arquitecto Joaquín Toesca erigió la Catedral en severo estilo neoclásico, que sus discípulos perpetuaron en Santiago y otras ciudades.

En rigor, la obra maestra de Toesca pertenece a la arquitectura civil: fue el Palacio de la Moneda, en la capital chilena, el que consagró la concepción neoclasicista, construido cuarenta años después que el Palacio de los gobernadores de Villa-Rica. Entretanto, el desarrollo de las ciudades había estimulado la construcción de otra suerte de edificios públicos. La actividad minera determinó la edificación de la Casa de Moneda de Potosí a mediados del siglo XVIII. La necesidad de mantener una reserva de granos movió la construcción, en Guanajuato, de la Alhóndiga de Granaditas, comenzada en 1798. Pero fueron los cabildos los edificios más significativos. Cada ciudad debía tener el suyo, modesto o monumental. Y donde no existía un edificio digno de conservarse —como las Casas Consistoriales de Tlaxcala, magnífica construcción del siglo XVI— se levantó uno nuevo, generalmente con sus arcadas y su torre del reloj, que se convirtió en símbolo de la vida municipal.

Toda la edificación mejoró al crecer la sociedad y la riqueza. Pero los más ricos exhibieron su fortuna sustituyendo sus viejas casonas por suntuosos palacios. Pocos igualables a los de México, que a causa de los que ostentaba —en la calle de San Francisco o en la de Tacuba— fue llamada "ciudad de palacios". Manuel Tolsá, arquitecto de tendencia neoclásica, como Toesca, fue autor de algunos de ellos, como el llamado de Iturbide, el del marqués del Apartado, además del que alojó la Escuela de Minería. En menor escala no faltaron en otras ciudades: el del marqués de Torre Tagle en Lima, los de Villaverde y Arana en La Paz, el de João Rodrigues de Macedo en Villa-Rica, el del marqués de Maenza en Quito, el de Diego de Rul en Guanajuato, obra del arquitecto neoclásico Francisco Eduardo de Tregueras. De este último escribía Humboldt, que se alojó en él: "Podría servir de adorno en las mejores calles de París o de Nápoles".

Sin duda, no todas las ciudades latinoamericanas gozaron de este esplendor. Muchas recibieron directa o indirectamente los beneficios de la reactivación económica en mayor o menor medida. Pero sólo algunas despertaron plenamente a esta nueva vida: fueron, sobre todo, los puertos, las capitales y aquellas en las que un azar provocaba una explosión de riqueza. Este último fue el caso de Villa-Rica, metrópoli del oro cuyo flujo repercutió sobre Río de Janeiro. Esta, a su vez, volvió a despuntar cuando, en 1808, recibió la corte portuguesa y se transformó en capital del reino, con un puerto que quedó abierto al tráfico con Inglaterra. Fenómeno semejante ocurrió con casi todos los puertos y capitales, tonificados primero por la libertad comercial que habían otorgado las metrópolis y luego por la apertura del tráfico con los países europeos y con los Estados Unidos. Se agregaron a las viejas capitales en el proceso de expansión las nuevas capitales de intendencia que aparecieron al instaurarse el nuevo sistema administrativo español en 1788: Puebla, Valladolid, Guanajuato, Zacatecas, Veracruz, Oaxaca, Mérida, Culiacán; Arequipa, Tarma, Huancavelica, Huamanga, Cuzco, Puno; Santa Marta, Cartagena, Santa Cruz de la Sierra; y desde 1777 las sedes de los gobiernos locales de Venezuela: Maracaibo, Guayana, Mérida, Cumaná, La Margarita. En todas ellas se desarrolló una nueva burocracia que acentuó el carácter de polo de desarrollo que ya tenían como centros regionales.

Entretanto, nuevas ciudades aparecieron. Montevideo había sido fundada en 1724 como un baluarte militar, pero creció poco a poco como centro regional y como puerto, acelerándose su crecimiento cuando, en 1791, se convirtió en uno de los centros del comercio negrero para el Río de la Plata, Perú y Chile. Otras ciudades fueron fundadas como consecuencia de una marcada tendencia a recoger la población dispersa por los campos. Así surgieron, entre otras muchas, Talca o Los Andes en Chile. Y algunas surgieron solas, como resultado de una actividad económica muy productiva que las tonificó desde muy pronto. Así pasó con Villa-Rica, que se transformó en un emporio incomparable en pocos años. Una nueva aristocracia se asentó en ella y le dio tan fuerte impulso que un cronista pudo decir que era "cabeza de toda América; y por el poder de sus riquezas, es la perla preciosa del Brasil". Inquieta y revolucionaria, dos veces se rebeló, en 1720 y en 1789, pero fue sometida. Uno de los participantes del último de los movimientos —*la inconfidencia mineira*— hizo el elogio de la ciudad: Claudio Manoel da Costa, en su poema *Villa-Rica* y en

los versos satíricos que se le atribuyen y circularon con el nombre *Cartas chilenas*, en los que describe la vida de la ciudad. Algo semejante ocurrió con Puerto Cabello, cuyo origen espontáneo relata Andrés Bello en las páginas que, poco antes del movimiento emancipador, escribió con el título de *Historia de Venezuela para el Calendario manual y guía universal de forasteros en Venezuela para el año 1810*:

"Puerto Cabello, habilitado por la naturaleza para contener y carenar toda la marina española, fue el surgidero que eligieron los holandeses de Curaçao para dejar sus efectos y llevarse el cacao. Unas miserables barracas de contrabandistas unidas a las de algunos pescadores fueron el núcleo de la población de este puerto condenado a parecer por mucho tiempo una dependencia de la Holanda, más bien que una propiedad española. Quiso el gobierno dar una consistencia legal a aquella reunión de hombres, cuyo carácter y ocupación debía hacer muy precaria la tranquilidad pública; pero la independencia criminal en que había vivido y el interés particular, sostenido por el general de los holandeses, les hizo oponerse obstinadamente a los designios del gobierno, hasta hacerle renunciar al proyecto de someter a su autoridad las barracas de Puerto Cabello, que se convirtieron bien pronto en el asilo de la impunidad y en el almacén general de las colonias holandesas en la Costa Firme. Nada tenía que ofrecer Venezuela a la península para atraer sus bajeles a sus puertos sino el cacao; mas los holandeses tenían muy buen cuidado de extraerlo para poner bajo el monopolio de la necesidad a un país que no tenía de donde vestirse y proveer a las atenciones de su agricultura sino los almacenes de Curazao, ni otro conducto por donde dar salida a sus frutos y recibir estos retornos, que Puerto Cabello; hasta que, por una de aquellas combinaciones políticas más dignas de admiración que fáciles de explicar, se vio la provincia de Venezuela constituida en un nuevo monopolio tan útil en su institución como ruinoso en sus abusos, a favor del cual empezó a salir de la infancia su agricultura y el país, conducido por la mano de una compañía mercantil, empezó a dar los primeros pasos hacia su adelantamiento: la metrópoli recobró un ramo de comercio que se había sustraído injustamente de su autoridad y Puerto Cabello se elevó al rango de una de las primeras plazas y del más respetable puerto de la Costa Firme".

Hablando de puertos, José Agustín de Oviedo y Baños decía, en 1723, en su *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela* que los caraqueños "hablan la lengua castellana con perfección, sin aquellos resabios con que la vician en los más puertos de las Indias". Y casi un siglo después Fernández de Lizardi, refiriéndose a los herejes, señalaba: "He vivido en puerta de mar, y he conocido y tratado algunos". De la gran transformación que se operaría en la sociedad criolla las ciudades fueron el ámbito apropiado, y entre todas, las que estuvieron abiertas a todas las ideas y rompieron todos los prejuicios, inclusive los del lenguaje.

4. Reformas y revoluciones

Ciertamente, la sociedad criolla se constituyó en virtud de un proceso social interno del mundo colonial: fue, ante todo, el resultado del crecimiento dispar de los grupos blancos y de las castas. Mientras estas últimas se entrecruzaban y multiplicaban pródigamente, los peninsulares iban y venían y sus descendientes blancos criollos constituían grupos proporcionalmente cada vez más reducidos. También fue el resultado de la mestización y la aculturación, puesto que el abismo establecido originariamente entre conquistadores y conquistados, entre los blancos y las castas, se redujo de hecho a pesar de los esfuerzos, muchas veces más formales que efectivos, que los primeros hicieron para contenerlo. Pero la expansión de la sociedad criolla y, sobre todo, su acelerada integración fue el resultado de una coyuntura favorable que crearon los grupos reformistas de las metrópolis y gracias a ella se insinuó primero y se manifestó después la diferenciación de una nueva élite desprendida del nuevo conjunto: las burguesías criollas ilustradas.

Promovieron entonces reformas en las metrópolis los ministros de Carlos III de España y de José I de Portugal: Aranda, Floridablanca, Pombal. La presión del mundo mercantilista sobre la península alcanzó a mediados del siglo XVIII tal grado de intensidad que los grupos más lúcidos encabezaron un movimiento para renovar la vida económica, social y cultural de ambos reinos. Fue la era de las "reformas", esto es, del reajuste de las estructuras sin modificarlas, mediante decisiones racionalmente elaboradas —sobre la base de la experiencia extranjera— que desterraran los prejuicios y los sistemas consuetudinarios que impedían un desarrollo óptimo de las posibilidades.

Si el campo de las reformas alcanzó a la política, fue sólo para acentuar el autoritarismo. Ningún factor debía oponerse a las decisiones del monarca, que eran la razón misma. Los tradicionales grupos de presión —nobleza y clero— fueron sometidos a una política regalista, que consistió, fundamentalmente, en

limitar su poder. Una monarquía rodeada de sabios y aconsejada por ellos constituía el ideal de los nuevos grupos ilustrados.

La política reformista era, ciertamente, hija de la Ilustración, una filosofía fundada en la razón que aspiraba a lograr que fuera la razón, y no las costumbres, la que gobernara el mundo. Era, pues, una filosofía aristocratizante, que distinguía entre las minorías selectas y el vulgo, en el que cabían no sólo las masas ignorantes sino también los grupos dirigentes que "aunque hayan tenido nacimiento ilustre, con todo eso no han salido de las tinieblas de la ignorancia", como escribió un autor muy representativo del pensamiento nuevo. A esas minorías selectas, instruidas e iluminadas por la luz de la razón, era a las que correspondía el gobierno. Y como su principal preocupación debía ser que la sociedad contara en todos los ámbitos con gentes como ellas, la educación fue un objetivo fundamental.

Las reformas educacionales no debían consistir solamente en alfabetizar grandes masas. Más importante era seleccionar a los mejores e inculcarles las nuevas ideas, que para entonces comenzaban a estar codificadas, no sólo en la *Encyclopédie* de Diderot y d'Alembert, sino también en las obras de muchos autores que preferían sistematizarlas y difundirlas a intentar nuevas indagaciones científicas o especulativas. Colegios, institutos superiores, bibliotecas y periódicos científicos eran preferibles a las muchas escuelas elementales donde aprendían las primeras letras quienes no pasarían más allá de ese primer grado de instrucción. El fin de la educación debía ser la ampliación de las minorías selectas, impregnadas de las nuevas ciencias físicas y naturales, comprensivas de las perentorias necesidades de una sociedad injusta y estancada, y compenetradas de la nueva verdad que Gaspar Melchor de Jovellanos expresaba en su *Informe sobre el libre ejercicio de las artes*: "La grandeza de las naciones ya no se apoyará, como en otro tiempo, en el esplendor de sus triunfos, en el espíritu marcial de sus hijos, en la extensión de sus límites ni en el crédito de su gloria, de su probidad o de su sabiduría... Todo es ya diferente en el actual sistema de la Europa. El comercio, la industria, y la opulencia que nace de entrambos, son, y probablemente serán por largo tiempo, los únicos apoyos de la preponderancia de un estado".

Así, las reformas educacionales se proyectaban sobre las de la sociedad y la economía. Una y otra debían ser liberadas de atavismos y prejuicios. La igualdad de los hombres constituía un principio racional que condenaba el sistema tradicional de los privilegios. Si había pobres, eran víctimas del sistema y era necesario socorrerlos. Pero lo más importante era que no hubiera ociosos: ni los pobres que no encontraban en qué trabajar ni los ricos que consideraban deshonroso hacerlo. Nada más atrabiliario que el prejuicio de que los oficios mecánicos son viles. Y puesto que el mundo marchaba hacia el predominio del comercio y la industria, nada más justo que otorgar libertad a estas actividades para que se regularan por sí solas.

La actitud reformista incluía una nueva concepción de la política colonial. Si hasta entonces había predominado la idea de que las colonias eran sólo una fuente de riquezas para las metrópolis, había que admitir que las sociedades coloniales tenían derecho a trabajar para su propio beneficio, con lo que se beneficiaría la propia metrópoli. Así lo entendían los grupos progresistas peninsulares, y así lo enseñaron en sus libros y lo practicaron con su política. Era inevitable que tuvieran discípulos en las colonias.

La aplicación de la política reformista escindió las opiniones tanto en Brasil como en el mundo hispánico. Como en las metrópolis, y acaso más, las innovaciones sacudían un sistema muy cerrado cuyos beneficiarios vieron peligrar sus privilegios. Quizá la expulsión de los jesuitas —en 1759 en Brasil y en 1767 en el mundo hispánico— descubrió los alcances de la nueva mentalidad, y desde entonces fue visible que los peninsulares de Indias se dividían entre los que apoyaban entusiastas el cambio y los que lo rechazaban con escándalo. En esa escisión quedó señalado el sitio que habría de ocupar una burguesía criolla incipiente, casi potencial, pero que empezaría a definirse como un grupo o una clase muy pronto, cuando sus miembros vincularan sus expectativas inmediatas con los supuestos de la ideología reformista metropolitana. Si los peninsulares progresistas de Indias aceptaron y aprovecharon las condiciones creadas por la política renovadora, fue la incipiente burguesía criolla la que asumió el conjunto de la ideología reformista apoyada en las ideas del iluminismo. Cada día más, sería esa ideología la que la definiría como grupo, la que le otorgaría coherencia y continuidad, aunque un día descubrieran algunos sectores que la ideología reformista podía trasmutarse en un momento cualquiera, al calor de imprevistas contingencias, en una ideología revolucionaria.

Pero, entretanto, el movimiento reformista, impulsado desde la península, seguía avanzando en las colonias por obra de funcionarios ilustrados: Vértiz, Bucarelli, Mayorga, Revillagigedo, Gálvez, Caballero y Góngora, Lavradío. El establecimiento del comercio libre fue decisivo para estimular la vida económica en general, y en particular la de las ciudades. Hubo, rápidamente, más riqueza y más trabajo. Hubo más hospitales y mejores cárceles. Hubo teatros, imprentas y periódicos. Brasil conoció varias academias: dos en Río, la de los Selectos, fundada en 1752, y la Academia Científica de Río de Janeiro, establecida en 1770; y

una en Villa-Rica, la Arcadia, en 1760, en la que surgió la *escola mineira*. Pero esta última se vio comprometida en la conspiración de Tiradentes y la Academia Científica de Río de Janeiro, que tanta influencia había tenido en el desarrollo científico como en el económico, fue violentamente disuelta en 1794 por un virrey antirreformista, el conde de Rezende. Entretanto se renovaba la Universidad de Charcas y se fundaba en Buenos Aires el Real Convictorio Carolino y la Academia Náutica, todos centros sensibles a las nuevas ideas. México veía aparecer la Escuela de Minería, la Academia de San Carlos, de bellas artes, y el Jardín Botánico. Bogotá se transformaba en un importante centro científico por obra del español José Celestino Mutis y del criollo Francisco José de Caldas; pero ya antes de la llegada de Mutis tenía la ciudad biblioteca pública, fundada por el ilustrado Francisco Antonio Moreno y Escandón, y tuvo luego un observatorio astronómico. Un afán de saber y un designio de transformar el opaco mundo colonial vibraba en los jóvenes que se acercaban a las fuentes del pensamiento moderno.

Pero, a través de extraños canales, la reforma se transformaba en revolución. Quienes usaban pelucas empolvadas preferían hablar parsimoniosamente de los remotos beneficios de la educación, pero algunas de sus ideas eran recogidas por los que estaban urgidos por el juego de la acción, y lanzadas bajo la forma de consignas contra el sistema establecido. Una ola de insurrecciones anticoloniales, de alcance diverso, comenzó a recorrer el imperio hispánico en 1780. Mientras se agitaba sordamente en los campos la insurrección indígena que Túpac Amaru encabezaría a fines de ese año, ya en los primeros meses estallaron insurrecciones urbanas en Arequipa, Cuzco, La Paz, Charcas, Cochabamba y en algunas ciudades y pueblos del Perú. Quizá la mano de Inglaterra moviera los hilos del movimiento, pero hubo un eco espontáneo que se delata a través de los hechos de treinta años después. El motín de Arequipa congregó a "toda la plebe de la ciudad y los extramuros o arrabales, compuesta de mestizos, zambos, negros e indios, cuyo número, entre hombres y mujeres, pasaría de mil". En Cuzco encabezó la rebelión un criollo mestizo —Lorenzo Farfán de los Godos—, y no sólo lo siguieron grupos de indios sino los maestros plateros de la ciudad. En La Paz el movimiento adquirió carácter singular, porque el pasquín que apareció en las calles comenzaba con un "¡Muera el Rey de España!", exclamación antes no usada. Casi siempre reconocían los movimientos un motivo concreto: nuevos gravámenes y, en el caso de Arequipa, un intento de equiparar la condición de los mestizos a la de los indios, haciéndoles pagar el tributo anual. Fue la abigarrada sociedad criolla la que se movió, aunque sólo en sus niveles inferiores, y parece que en muchas cabezas bullía un propósito separatista, algunas veces vinculado con la posibilidad de acogerse a la autoridad británica. Y a fin de ese año dos movimientos se gestaron en Santiago de Chile: la conspiración de Don Juan, que buscaba la protección inglesa, y la conspiración de los franceses que, como la anterior, no llegó a estallar, y que procuraba la independencia americana inspirada en el ejemplo de las colonias inglesas de América del Norte.

Entretanto estalló en el Alto Perú, en noviembre de 1780, la rebelión de Túpac Amaru, movimiento predominantemente indígena y rural, al que no eran ajenas, sin embargo, muchas de las ideas que circulaban entre los grupos ilustrados. Fue tremenda la sacudida que produjo. Quizá muchos descubrieron una fuerza insospechada que se ocultaba en la nueva sociedad americana, y las emociones que ese sentimiento suscitó fueron encontrados. Los grupos secularmente sometidos creyeron que había llegado la hora de la acción, o por lo menos la de la esperanza. Los grupos dominantes temblaron porque vieron que se hacía realidad un temor que no abandonó nunca a los conquistadores. Y el dramático episodio reveló a los criollos su posición ambivalente, que desde entonces fue, sin duda, tema de meditación y de análisis en vista de las perspectivas que abría. Pero el movimiento fue radicalmente sofocado y el temor de los poseedores pasó, sin que pasaran las preocupaciones acerca del destino de esa nueva sociedad que alcanzaba un nuevo punto de maduración.

En el excitante clima de la insurrección indígena y rural se insertaron algunos movimientos urbanos. Estallaron en Cochabamba y Charcas, pero los más significativos fueron los de Oruro y Tupiza. En febrero de 1781, mientras se resolvía la suerte del movimiento de Túpac Amaru, estalló en Oruro una rebelión que reveló las violentas y encontradas tensiones de los diversos grupos sociales. Españoles, criollos, mestizos e indios entraron en un complejo juego. Ante el peligro del alzamiento indígena, los españoles decidieron cerrar sus filas y revelaron que desconfiaban de los criollos, con los que tenían una ya larga querrela por la supremacía política dentro de la ciudad. Esa actitud se manifestó en un acto trascendental: expulsaron del cabildo a dos ricos mineros criollos que acababan de ser elegidos. Así, mientras crecía la insurrección de los mestizos dentro de la ciudad, peninsulares y criollos se enfrentaban porque los primeros temían la alianza de los criollos con las castas. Así ocurrió, efectivamente. Dueña de la ciudad con el apoyo de los indios vecinos, y después de violenta lucha, la plebe urbana otorgó la autoridad al minero criollo Jacinto Rodríguez como Justicia mayor. Pero las alternativas de los días subsiguientes modificaron las alianzas. Mestizos e indios llegaron demasiado lejos en la persecución de los chapetones, y los criollos retrocedieron: rechazaron

a sus ocasionales aliados y pactaron con los peninsulares, unidos a los cuales emprendieron una enérgica represión de la plebe sublevada y de los indios que la apoyaban.

Esta ambivalencia de los criollos ricos era el síntoma de la situación social: se insinuaba en sus cabezas el propósito de rechazar a los peninsulares, acaso de procurar la independencia, pero vacilaban ante el grave paso que significaba movilizar en su favor a esa sociedad abigarrada de cuya solidaridad no estaban seguros. Treinta años después ese proceso se clarificaría un poco más.

Caracteres semejantes tuvo el movimiento que estalló en marzo de 1780 en Nueva Granada, donde las medidas de un visitador antirreformista, Gutiérrez de Piñeres, suscitaron la rebelión de los centros más afectados. Criollos distinguidos, como el propio marqués de San Jorge, encabezaron la protesta, que estalló violentamente en el Socorro y se extendió rápidamente. Los "comuneros" recibieron el apoyo de vastos contingentes indígenas, y con esa fuerza militar enfrentaron a las tropas enviadas desde Bogotá. Finalmente hubo pacto y en Zipaquirá se firmaron unas capitulaciones que establecían la derogación de los nuevos impuestos, medidas de protección para los indios, el rechazo de los funcionarios españoles y la confirmación de las autoridades establecidas por los insurrectos, lo que implicaba una afirmación de los derechos de los criollos. Ciertamente las capitulaciones no fueron cumplidas, pero el proceso revolucionario puso de manifiesto la actitud de los grupos criollos.

Más claramente independentistas fueron algunos movimientos posteriores. En Brasil, Joaquín José da Silva Xavier, llamado "Tiradentes", encabezó en 1789 un movimiento revolucionario en la ciudad de Villa-Rica. Lo acompañaron las personalidades más distinguidas de ese núcleo intelectual que se había formado en el emporio minero, cuya decadencia por esa época inquietaba los ánimos de las clases populares, de algunos propietarios y, sobre todo, de esa minoría ilustrada que soñaba con una república liberal. Reprimida por el vizconde de Barbacena, la conjuración abortó; pero el juego de las fuerzas sociales y políticas, así como las ideologías sostenidas, revelaron la nueva fórmula en que se integraban las clases populares y las clases altas criollas: no en balde asumieron la dirección del movimiento quienes, literariamente, afirmaban un "nativismo" que era un grito de batalla. Un sentido semejante tuvo la conjuración de los *alfaiates* de Bahía en 1798, que aglutinó a la plebe mulata y a sectores altos de la ciudad en el anhelo de instaurar una "República Bahiense". Y caracteres semejantes pudieron advertirse en la conspiración de Gual y España, abortada en 1797, con la que los venezolanos influidos por la *Declaración de los Derechos del Hombre* y la prédica de ingleses y franceses se habían propuesto poner fin a la dominación española. Negros, mulatos e indígenas respaldaban la acción de criollos y españoles ilustrados que deseaban abolir la esclavitud y abrir los puertos venezolanos al comercio internacional.

Pero ya se estaba en plena crisis europea. Desde 1808 la corte portuguesa, amenazada por Napoleón, se había instalado en Río de Janeiro, y alrededor del Regente disputaban la supremacía peninsulares y criollos, portugueses y brasileños. En España también se había desencadenado la crisis, y ante la catástrofe todos los grupos ilustrados de las ciudades americanas se conmovieron convencidos de que había llegado la hora de la independencia. El más ilustrado de todos fue, precisamente, el que inició la rebelión en la ciudad más consustanciada con las nuevas ideas, Charcas, donde el 25 de mayo de 1809 un pequeño conflicto entre el presidente y los oidores de la Audiencia se precipitó hasta transformarse en un movimiento revolucionario. Bernardo Monteagudo y otros muchos doctores y estudiantes de la universidad prestaron orientación ideológica al movimiento criollo, movimiento popular y minoritario al mismo tiempo, en la medida en que se establecía una correspondencia entre los vagos anhelos de las castas y la ideología reformadora, transformada ahora por la fuerza de los hechos en ideología revolucionaria. Hombres de Charcas, y en particular José Antonio Medina, llevaron a La Paz el mensaje revolucionario —concretado en la *Proclama de la ciudad de La Plata a los valerosos habitantes de La Paz*, atribuida a Monteagudo—, y criollos fueron todos los que constituyeron la Junta Tuitiva, de clara tendencia independentista. Todo lo que parecía inmaduro en 1780 comenzaba a aparecer más asentado en 1810. Y cuando las fuerzas revolucionarias que Buenos Aires mandó al Alto Perú triunfaron sobre las españolas en Suipacha, Juan José Castelli, miembro de la Junta porteña, congregó a los indios en las ruinas de Tiahuanaco para explicarles el evangelio de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Para entonces, ya los movimientos encabezados por las aristocracias urbanas criollas habían triunfado en Buenos Aires, Asunción y Santiago de Chile. Grupos esclarecidos, partidarios de las reformas inspiradas por la filosofía de la Ilustración, precipitaron su imagen del futuro político de las colonias en una ideología revolucionaria que desplegaba hasta sus últimas consecuencias las líneas del reformismo ilustrado. En rigor, esos grupos remplazaban velozmente los enfoques de la Ilustración española —moderada y ceñida dentro de la concepción monárquica— por los de la Ilustración francesa, que había abandonado el reformismo desde 1789. Jovellanos había sido reemplazado por Rousseau, y aunque Napoleón había

mostrado ya su designio de contener el proceso revolucionario, los grupos criollos restauraron las actitudes jacobinas para consumir la revolución que, más o menos ostensiblemente, quería desembocar en la independencia. Caracteres semejantes tuvieron los movimientos de Caracas, Cartagena y Bogotá, movidos por la vehemente prédica ilustrada de Francisco de Miranda y de Antonio Nariño, traductor de la *Declaración de los derechos del hombre* y de *El ciudadano*. Como un símbolo, el movimiento bogotano comenzó con el enfrentamiento personal de un chapetón y un criollo, al que siguió una eléctrica polarización de las clases populares detrás de esos ricos comerciantes e ilustrados ideólogos que repetían palabras de escaso sentido para ellos. Pero las palabras contenían una contraseña: cierta identidad de propósitos, aunque fuera transitoria, de la que podía resultar para las clases populares, al menos, un paso más en el camino de la integración a la que aspiraban.

Movimientos esencialmente urbanos y casi siempre capitalinos, no sólo pusieron de manifiesto la ruptura entre peninsulares y criollos sino también las fisuras que muy pronto se insinuaron en el seno de estos últimos. Niveles de riqueza y grados de integración creaban en cada ciudad capas diversas. Pero las fisuras más importantes aparecieron entre los grupos de diversas ciudades entre sí por la oposición de sus intereses y la disputa del poder político. Córdoba y Montevideo se enfrentaron con Buenos Aires y resistieron el movimiento iniciado por la burguesía porteña. En México, un movimiento preparado por las clases altas criollas de Querétaro y San Miguel con ramificaciones en otras ciudades interiores, logró aglutinar importantes masas populares, especialmente campesinas, que desataron un violento sentimiento antiespañol en el que coincidían con esas aristocracias provinciales. Pero chocaron con los grupos altos de la capital, en los que se mantenían unidos peninsulares y criollos por el temor, tanto a las nuevas corrientes ideológicas como a los movimientos populares y especialmente indígenas. La insurrección fue contenida con la derrota de Hidalgo y de Morelos, pero rebrotó en varias ciudades con nuevos jefes. Sólo cambiaron las cosas cuando se produjo en España la revolución de Riego y la restauración de la constitución liberal de 1812. Los grupos peninsulares capitalinos desencadenaron un proceso político destinado a perpetuar el absolutismo en México, pero la decisión apresuró el distanciamiento entre peninsulares y criollos: el elegido como instrumento del cambio, Iturbide, pactó con los rebeldes e inauguró a su vez otro proceso de radicalización del separatismo que en pocos años fijaría los términos del problema aproximadamente como en el resto de Latinoamérica.

Así se sucedieron en las ciudades dos políticas que expresaron tanto el proceso de interpenetración y diferenciación social como el de recepción y adecuación de las ideologías. Mientras la sociedad criolla se constituía, homogeneizándose y simultáneamente, diferenciándose, las nuevas minorías que se formaban en ella, blancas y en cierto grado mestizas, asumían como su propia política la concepción reformista de los grupos ilustrados peninsulares. Pero de la política reformista pasaron a una política revolucionaria cuando la coyuntura permitió radicalizar el proceso. El ritmo con que se intentó plasmar la realidad según la ideología cambió; pero la ideología era la misma.

5. Las burguesías criollas. Ilustración y cambio

Las nuevas minorías que asumieron la conducción de una política reformista primero y de una política revolucionaria después, fueron las burguesías criollas que poco a poco se insinuaron como pretendientes al papel hegemónico en la nueva sociedad. A medida que se constituían, se enfrentaban con las minorías —entre hidalgas y monopolistas— que formaban la élite de la sociedad tradicional. Fue al principio un enfrentamiento sordo, una tensión entre un grupo fuerte y otro débil, entre uno ya constituido y otro que apenas se insinuaba en su seno a través de un proceso de diferenciación, entre uno reconocido y otro que procuraba ocultar sus aspiraciones, entre uno que aprovechaba de la pasividad del consenso y que fundaba sus prerrogativas en el origen privilegiado que alegaban sus miembros y otro que no se atrevía a declarar cuáles eran los fundamentos en que apoyaba sus aspiraciones. Pero a medida que pasaba el tiempo y la sociedad criolla se definía un poco más, a medida que las circunstancias robustecían las posibilidades de cambio, el enfrentamiento se fue agudizando y ni la antigua élite hidalga pareció tan fuerte ni la nueva tan débil. Tanto el juego de las fuerzas internas como el de las externas parecía legitimar las pretensiones de la incipiente burguesía criolla.

Muchos rasgos inequívocos perfilaban la personalidad de ese grupo social. Frente a la élite tradicional la burguesía criolla parecía más arraigada, menos atada a las metrópolis en sus modos de vida y en sus expectativas. Era como si hubiera cortado definitivamente el cordón umbilical y hubiera descubierto que estaba sola y librada a su suerte en la tierra que habían conquistado sus abuelos. Se sentía

profundamente comprometida con la tierra sin otra alternativa una tierra donde se alejaban sus intereses particulares pero a cuyos intereses generales y a cuyo destino se sentía total e indisolublemente unida. Esa tierra contenía una sociedad extensa, heterogénea, compuesta mayoritariamente por los descendientes de aquellos a quienes sus abuelos habían sometido. Pero la burguesía criolla no los miraba del mismo modo que sus abuelos habían mirado a los vencidos. Era, por lo demás, otra sociedad. La de las vísperas de la Independencia era, étnica y culturalmente, una sociedad mezclada y de rasgos confusos y participaba en la misma vida de que participaban los que conservaban la tez blanca. La burguesía criolla no miraba a los de tez parda como el vencedor al vencido, como se mira algo distinto y separado. Quizá los miraba como el superior al inferior y, a veces, como el explotador al explotado; pero los miraba como miembros de un conjunto en el que ella misma estaba integrada, que constituía su contorno necesario, del que aspiraba a ser la cabeza y sin el cual no podía ser cabeza de nada. Como con la tierra, la burguesía criolla, generalmente blanca de tez, estaba y se sentía comprometida con su contorno social de tez parda.

Era, además, un grupo esencialmente urbano, constituido en las ciudades y amoldado a las constricciones y a los halagos de la vida urbana. La burguesía criolla había heredado —en el mundo hispánico, y en algunas ciudades brasileñas como Recife, San Pablo y Río de Janeiro— la convicción de sus mayores acerca del papel hegemónico de las ciudades como centro de la región, desde el que se comandaba la vida del contorno rural. Y esta convicción se afirmó cada vez más, a medida que la sociedad urbana se penetraba de la mentalidad mercantilista. Mercantilista fue la burguesía criolla, y si llegó a constituirse como un grupo social definido fue, precisamente, porque sus miembros adquirieron esa mentalidad, en tanto que los que no la adquirieron quedaron, en alguna medida, fuera de él. Mercantilistas y capitalistas eran las civilizaciones hegemónicas —las de Inglaterra y Francia—, y la burguesía criolla creyó, como sus abuelos hidalgos, que las ciudades eran los focos de la civilización, sólo que ahora empezaba a pensarse que el modelo peninsular estaba caduco y que era necesario buscar otro, precisamente allí donde la civilización manifestaba ese esplendor que antes parecía que otorgaba el poder y la gloria y ahora se sabía, como lo recordaba Jovellanos, que sólo lo daba la riqueza.

La riqueza —la nueva riqueza que ofrecían las aventuras comerciales— fue, precisamente, la que consagró la posición de cada uno de los miembros de la burguesía criolla. También antes había sido así, pero un gigantesco enmascaramiento había disimulado ese secreto. En la catarsis racionalista del siglo XVIII todos los velos cayeron y no sólo nadie se atrevió a negar ese hecho, sino que fue declarado ostensiblemente. Se pertenecía al nuevo grupo privilegiado en función de la riqueza; y aunque no faltó en el seno mismo de la burguesía criolla cierta apelación a una hidalguía, acaso vergonzante, cada vez más quedó explícito que eran las actividades del moderno mundo mercantil lo que proporcionaba la riqueza y, con ella, la posición social.

No era lo único, sin embargo. La burguesía criolla adhirió vehementemente a dos ideas que, por cierto, no eran antagónicas. Creyó que su posición dependía también de su eficacia, y pensó que su eficacia —y su riqueza— tenían mucho que ver con su educación. Era, precisamente, lo que enseñaba la filosofía de la Ilustración. Rico, eficaz y culto, el *homo faber* americano se sentía en condiciones de dominar su ámbito y derrotar al petimetre brillante en los saraos, celoso de los blasones que sus padres habían comprado y saturado de despreciables prejuicios.

Movida por esas certidumbres, la burguesía criolla descubrió que la filosofía de la Ilustración era la suya, puesto que había sido elaborada por grupos homólogos europeos, más maduros y más sólidamente establecidos en la estructura económica, sin duda. Y la aceptó como una ideología, incorporándose sus elementos y sobre todo el sentido dinámico que entrañaba.

La filosofía de la Ilustración tenía matices, y en un comienzo las incipientes burguesías criollas aceptaron el matiz peninsular, moderado y sobre todo restringido. Una marcada predilección por los conocimientos científico-naturales incitó al estudio de la botánica de la que podían obtenerse importantes conocimientos para la agricultura. *Discurso sobre el mérito y la utilidad de la Botánica* es el título de un ensayo de un discípulo del sabio Mutis, el neogranadino Francisco Antonio Zea, el mismo que luego editaría en Bogotá un periódico llamado *El Semanario de agricultura*. Y hubo geólogos como Francisco Javier Gamboa y físicos y matemáticos como José Ignacio Bartolache, ambos mejicanos. Lo importante era acumular nociones y conocimientos prácticos; y no sólo para comprender de una manera no tradicional la naturaleza sino también para entender de la misma manera los problemas fundamentales de la filosofía y los de la vida social y política. En estos últimos campos fue donde el matiz peninsular de la Ilustración se hizo patente: lo religioso y lo político quedaron excluidos de la controversia, y tanto el agnosticismo y el materialismo como el liberalismo político fueron objeto, solamente, de estudios subrepticios. Una real cédula de 1785 ordenaba recoger y quemar las obras de Marmontel, Raynal, Montesquieu, Maquiavelo y otros autores considerados peligrosos. Sin duda era posible hablar en términos teóricos del "mal gobierno",

pero sólo si quedaba bien en claro que era el funcionamiento y no los principios del sistema lo que se criticaba. Y para hablar del clérigo avaro y sensual era necesario contraponer su figura a la del sacerdote piadoso y humanitario.

Lo que sí era libre era la crítica de las costumbres; y como la hicieron el padre Feijóo, Montesquieu o Voltaire, la hicieron muchos pensadores americanos: entre ellos, fray Servando Teresa de Mier, Esteban de Terralla y Landa, Mathias Aires Ramos da Silva de Eça y, sobre todo, el que bautizó su periódico con el nombre de *El pensador mexicano*, José Joaquín Fernández de Lizardi. Toda su obra —*Periquillo Sarniento*, *Don Catrín de la Fachenda*, sus relatos costumbristas— está saturada de esa atmósfera urbana, civilizada, racionalista, que imprime a su picaresca un tono tan distinto del de sus modelos españoles del siglo XVII. Toda la sociedad de una gran ciudad —la mayor ciudad colonial— se despliega para someterla a examen a la luz de la razón. En el *Periquillo*, el isleño chino que recoge y hospeda al náufrago inicia con él un largo diálogo acerca de las creencias, usos y costumbres occidentales, en el que la burla y la crítica sacude la debilidad de los prejuicios, la injusticia de las normas sociales, la inutilidad de las profesiones rutinarias, todo lo que el ilustrado polemista mejicano veía a su alrededor en la metrópoli colonial o conocía del mundo a través de libros y periódicos. Ese era el sentimiento predominante en las nuevas burguesías criollas, que se habían apropiado el espíritu de la Ilustración y habían construido, inspirada por él, una ideología interpretativa de la realidad, disidente, crítica, que desembocaba fácilmente en un proyecto de cambio.

Unas veces se deslizó ese proyecto vagamente, a través de ocasionales opiniones sobre los hechos de cada día; otras fue formulado en relación con casos individuales y concretos, en el alegato de un comerciante o en la opinión de un cabildante o de un oidor; pero unas cuantas veces adquirió forma sistemática por obra de un pensador riguroso que se atrevió a darle forma clara y metódica, sin dejar, en alguna oportunidad, de insinuar las últimas consecuencias que entretenía. Los problemas económicos y sus posibles soluciones fueron analizados en Bogotá por Antonio Nariño en su *Ensayo sobre un nuevo plan de administración en el Nuevo Reino de Granada*; en Buenos Aires trató de ellas primero un comerciante ilustrado. Manuel José de Lavardén, en las disertaciones que pronunció en la Sociedad Patriótica, luego recogidas con el nombre de *Nuevo aspecto del comercio del Río de la Plata*; y más tarde Mariano Moreno en el alegato conocido como *Representación de los hacendados y labradores*, que tradujo inmediatamente en Río de Janeiro José da Silva Lisboa agregando un prólogo en el que recogía y trasladaba a su país la argumentación del autor. También se ocupó Moreno de los problemas sociales en su *Disertación Jurídica acerca de la condición de los indios*, en la que prolongaba la argumentación del jurista de la Universidad de Charcas Victoriano de Villava, cuyo *Discurso sobre la mita de Potosí* había originado una tensa polémica; el *Diálogo entre Atahualpa y Fernando VII* —anónimo, pero verosímilmente atribuido a Bernardo Monteagudo— volvía sobre el tema, en tanto que Mariano Alejo Alvarez escribía en Charcas su *Discurso sobre las preferencias que deben tener los americanos en los empleos de América*. Profundo y enérgico, el *Memorial de agravios* del bogotano Camilo Torres argumentaba sobre lo mismo en términos políticos, mientras el *Nuevo Luciano* de Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo criticaba desde Quito la situación intelectual de la colonia. Este copioso caudal de ideas fue pensado, expuesto o publicado entre 1797 y 1810, los años durante los cuales la burguesía criolla cobró conciencia de sí misma y se identificó como una clase social con una ideología. De inmediato esa ideología se transformó en un proyecto de cambio, que alentaron tanto las "Sociedades Económicas", fundadas en muchas ciudades a imitación de las peninsulares, como las publicaciones periódicas y las tertulias que reunían a los que estaban vinculados por sus intereses y sus ideas.

El proyecto de cambio fue, al principio, un proyecto reformista que se dirigía ante todo a la transformación de la economía y la sociedad. Para la mentalidad tradicional, América era un mundo minero al que bastaba asomarse para adquirir rápidamente la riqueza. La alucinación de los primeros conquistadores, deslumbrados por la masa acumulada de metales preciosos de que se hicieron poseedores, se renovó con el descubrimiento sucesivo de las vetas de Potosí y de Minas Gerais, que inundaron el mundo de oro y plata. Pero a medida que la riqueza minera fue disminuyendo y que se hizo más trabajoso alcanzarla, se fue disipando el espejismo. Por lo demás, vastas regiones latinoamericanas que no tenían esas riquezas se iban poblando y tenían que fundar su economía en otras que requerían más trabajo, más organización y más actividad comercializadora. Las doctrinas de los fisiócratas vinieron en auxilio de las regiones desdeñadas por la ausencia de los metales y a ellas se aferraron quienes se sentían comprometidos con el destino de esas regiones.

En las últimas décadas del siglo XVIII las palabras mágicas de las burguesías criollas, ilustradas y reformistas fueron agricultura y comercio. Lo que antes pareció una riqueza menor y subsidiaria, se transformó en la gran esperanza de los nuevos sectores que, desde las ciudades, querían impulsar el

desarrollo de su región. Ante todo era necesario conocer la riqueza potencial, explorar la naturaleza, conocer las condiciones del suelo y del clima. Luego había que diferenciar los cultivos, eligiéndolos tanto por su adecuación al ambiente como por sus posibilidades en el mercado. Y luego había que procurar mejorarlos, dejando de lado técnicas rutinarias y ensayando otras nuevas. Los periódicos dedicados a la agricultura se empeñaban en difundir estos progresos, pero debía ser el ejemplo lo que provocara el cambio, porque, como se decía en la época, "los labradores no son hombres de leer libros". Las burguesías urbanas confiaban en que los labradores progresistas aplicarían los métodos modernos para arar la tierra, remplazando la laya por arados tirados por caballos o bueyes, y los demás los imitarían al comprobar los buenos resultados. Pero era necesario también aprender a abonar las tierras con fertilizantes artificiales, como ya lo hacían los labradores más progresistas de España, luego aprender a sembrar, abandonando la costumbre de esparcir a voleo, y a asegurar el regadío. Así se lograría diversificar y acrecentar la producción. Las burguesías criollas que pregonaban el progreso se sentían alentadas cuando contemplaban los resultados. En su bufete de Caracas, Andrés Bello exaltaba lo que el viajero contemplaba en los campos: "La Europa —escribía poco antes de la Independencia— sabe por la primera vez que en Venezuela hay algo más que cacao, cuando ve llegar cargados los bajeles de la Compañía (Guipuzcoana) de tabaco, de añil, de cueros, de dividivi, de bálsamos y otras preciosas curiosidades que ofrecía este país a la industria, a los placeres y a la medicina del Antiguo Mundo". Era el triunfo de la razón sobre la rutina.

Pero no sólo complacía a las burguesías criollas el crecimiento y la mejora de los cultivos. Le complacía también el efecto indirecto de la riqueza agrícola sobre el modo de vivir de las poblaciones, porque descubría que se cumplía su plan: crecían los núcleos urbanos, y los centros importantes, en los que había ya un importante mercado interno, se beneficiaban con la afluencia de la producción rural. Entusiasmado con el florecimiento de la agricultura en los últimos tiempos escribía Bello: "A impulsos de tan favorables circunstancias se vieron salir de la nada todas las poblaciones que adornan hoy esta privilegiada mansión de la agricultura de Venezuela. La Victoria pasó rápidamente de un mezquino pueblo formado por los indios, los misioneros y los españoles, que se dispersaron en las minas de los Teques, a la amena consistencia que tiene actualmente; Maracay, que apenas podía aspirar ahora cuarenta años a la calificación de aldea, goza hoy todas las apariencias y todas las ventajas de un pueblo agricultor, y sus inmediaciones anuncian desde muy lejos al viajero el genio activo de sus habitantes. Turmero ha debido también al cultivo del añil y a las plantaciones del tabaco del rey los aumentos que le hacen figurar entre las principales poblaciones de la gobernación de Caracas; Guacara, San Mateo, Cagua, Güigüe, y otros muchos pueblos, aun en la infancia, deben su existencia al influjo del genio agrícola protector de los valles de Aragua; y las orillas del majestuoso Lago de Valencia, que señorea esta porción del país de Venezuela, se ven animadas por una agricultura que, renovándose todos los años, provee en gran parte a la subsistencia de la capital". Era la época en que todos los gobiernos coloniales procuraban el "acopio de familias en las poblaciones" para seguridad de ellas y de la vida rural.

Las ciudades debían ofrecer a las poblaciones una vida mejor, más civilizada. Pero el entusiasmo por la urbanización crecía cuando se trataba de las grandes ciudades, porque en ellas se desarrollaba y prosperaba el comercio. Las burguesías criollas lucharon denodadamente por la libertad de comercio y soñaron con puertos colmados de navíos de todas las banderas. Cuando obtuvieron que no fueran sólo los comerciantes monopolistas los beneficiarios de la actividad mercantil, quisieron que el comercio se abriera también a los extranjeros y esencialmente a los ingleses. "Debieran cubrirse de ignominia los que creen que abrir el comercio a los ingleses en estas circunstancias es un mal para la Nación y para la Provincia", escribía en Buenos Aires el ilustrado Mariano Moreno, quizá porque estaba convencido de que "ignoran seguramente los primeros principios de la Economía de los Estados". Las burguesías criollas, en cambio, los conocían bien y convencidas de que era necesario nutrir el comercio, apoyaron no sólo el desarrollo de la agricultura sino también el de la ganadería y de las industrias; pero no se opusieron a la importación de productos manufacturados, especialmente ingleses, porque esperaban que ella multiplicara la actividad mercantil, en la que apoyaban fundamentalmente su poder económico. Era un programa reformista avanzado que concitaba la hostilidad de los sectores monopolistas. Pero las burguesías criollas empezaban a tener una idea clarísima de sus intereses, y se sentían respaldadas no sólo por la creciente presión inglesa sobre los gobiernos peninsulares sino también por la difusión que alcanzaban esos principios a través de los tratados fundamentales de los economistas y, sobre todo, de las obras de divulgación. Tal era el entusiasmo que las nuevas ideas económicas provocaban que un poeta guatemalteco, Simón Bergaño y Villegas, las puso en verso en su *Silva de economía política*.

Una adhesión no menos vehemente prestaron las burguesías criollas a las nuevas ideas sociales, educacionales y políticas. Una sociedad híbrida y en proceso de integración debía revisar las tesis ilustradas

acerca de la igualdad humana y de la condición del indio y el negro. Las ideas de Villava y Moreno sobre la situación de los indígenas, aunque con antecedentes hispánicos, participaban de las tendencias humanitarias y filantrópicas propias de la Ilustración. De la misma fuente eran sus ideas acerca de los pobres y mendigos, pero esta vez la interpretación se hacía más compleja. En boca del caballero que quería proteger a Periquillo Sarniento cuando mendigaba fingiéndose ciego, ponía Fernández de Lizardi unas reflexiones transparentes acerca del problema de los pobres, especialmente urbanos. "A mí no me toca dictar proyectos económicos generales", decía, pero enunciaba una interpretación que implicaba un proyecto: "Si usted me dijere que aunque quieran trabajar, muchos no hallan en qué, le responderé que pueden darse algunos casos de estos por falta de agricultura, comercio, marina, industria, etc.; pero no son tantos como se suponen. Y si no, reparemos en la multitud de vagos que andan encontrándose en las calles tirados en ellas mismas, ebrios, arrimados a las esquinas, metidos en los trucos, pulquerías y tabernas, así hombres como mujeres; preguntemos y hallaremos que muchos de ellos tienen oficio, y otros y otras robustez y salud para servir. Dejémoslos aquí e indaguemos por la ciudad si hay artesanos que necesiten de oficiales y casas donde falten criados y criadas, y hallando que hay muchos de unos y otros menesterosos, concluiremos que la abundancia de vagos y viciosos (en cuyo número entran los falsos mendigos), no tanto debe su origen a la falta de trabajo que ellos suponen cuanto a la holgazanería con que están congeniados".

El amor al trabajo y la educación eran para los reformistas los caminos por los cuales podía redimirse el que, por su origen, no tenía fortuna, tanto más cuanto que ambas cosas eran también válidas para las gentes acomodadas. Una viva polémica apareció alrededor de los "oficios mecánicos". Para la mentalidad hidalga era preferible ser

Vagabundo, jugador,
Alcahuete y petardero

según decía en Lima Simón de Ayanque, pues

Que lo tiene a más honor
Que ser artesano bueno
Porque aun el más noble oficio
Envilece al caballero.

Sobre este punto hacía girar Fernández de Lizardi en México toda la controversia acerca de la educación de Periquillo Sarniento. "Un hidalgo sin oficio es mejor recibido y tratado con más distinción en cualquiera parte decente que otro hidalgo sastre, batihoja, pintor", decía la madre. Y replicaba el padre, expresando el punto de vista ilustrado: "Al sastre y aun al zapatero lo estimarán más en todas partes que no al hidalgo tuno, ocioso, trapiento y petardista, que es lo que quiero que no sea mi hijo".

Educación, si era necesaria; o mejor, instrucción, esto es, aprendizaje de nociones modernas y de cosas útiles, e incorporación de principios ilustrados que sustituyeran a los prejuicios adocenados de la gente vulgar. Sólo así se podía ser un hombre útil a la sociedad y, sobre todo, un hombre superior que ocupara en ella un lugar prominente por su méritos y su virtud. Si, además, se quería ser un buen vasallo y un buen vecino de la ciudad, era menester ser progresista, pero dentro de los límites que el reformismo se imponía. Se podía exclamar, frente a los abusos de un funcionario: "¡Viva el rey y muera el mal gobierno!"; y se podía decir, frente a una discutible real orden: "Se acata pero no se cumple". Más allá de estos límites, el reformismo se transformaba en revolución.

Sin duda, el proyecto reformista llevaba implícito el proyecto revolucionario: fue una coyuntura favorable lo que empujó a las burguesías criollas a optar por el segundo. Aceptaron el desafío en algunas ciudades y desencadenaron revoluciones definitivamente urbanas, con las que dieron los pasos irrevocables que las sacaron del viejo camino y las pusieron sobre el nuevo. Pero no hubo cambio ideológico sino, solamente, una extensión y acaso una radicalización de la ideología a la que hasta entonces estaban adheridas. La extensión consistió en aceptar algunas ideas más de las que contenía el haz del pensamiento ilustrado, pero que no formaban parte del matiz peninsular de esa ideología. Aceptaron las ideas políticas, algunos —los jacobinos— bajo sus formas más radicales y otros bajo sus formas moderadas, y esa aceptación y los pasos que dieron en el terreno fáctico liberaron a las burguesías criollas del ritmo parsimonioso que imponía al cambio la actitud reformista. Ahora todo podía hacerse más rápidamente, sin cortapisas, sin temor de sobrepasar los límites impuestos por la vieja estructura tradicional, pero lo que quería hacerse era lo mismo que contenía el proyecto reformista. Fueron esas mismas ideas económicas,

sociales y educacionales las que inspiraron la conducta de las burguesías criollas después de las revoluciones urbanas.

Lo grave fue que esas revoluciones urbanas, aunque sólo políticas en la intención, destruyeron el armazón que sostenía el conjunto de la vieja estructura urbana y rural y dejaron en libertad a sus distintos componentes para que buscaran nuevo sitio. Era inevitable, puesto que las ciudades garantizaban todo el sistema. Entonces se vio que esa sociedad criolla que se había constituido lentamente liberaba sus fuerzas, sobrepasaba los esquemas tradicionales y comenzaba a trabajar para reordenarse, compitiendo los diversos grupos en la conquista de posiciones. Los tradicionalistas —y los que en el juego abierto, a veces feroz, se hicieron tradicionalistas— no vieron sino el fenómeno de la lucha por el poder y llamaron anarquía a la situación de crisis. Pero era mucho más que el poder lo que se disputaba: era el lugar para cada uno en la estructura económica y social. Contenida hasta entonces, aunque insinuando inequívocamente su capacidad eruptiva, la sociedad criolla explotó al quebrarse el orden político colonial y al desvanecerse definitivamente los fundamentos de la estructura tradicional.

Las burguesías criollas que desencadenaron y encabezaron los movimientos revolucionarios urbanos intentaron mantener el proyecto reformista —parsimonioso y moderado— en cuanto se relacionaba con la estructura social y económica. Pero la coyuntura revolucionaria modificó tan rápidamente la situación de la víspera que esa política chocó con fuertes resistencias. Lo que debía ser reformado, especialmente la sociedad, cambió de pronto a su manera y dejó descolocadas a las burguesías criollas. Los viejos problemas fueron sobrepasados por otros nuevos, más graves y urgentes, acaso entrevistos pero no bien medidos en cuanto a su capacidad revulsiva del orden tradicional. Fue un tremendo esfuerzo el que tuvieron que hacer las burguesías criollas para enfrentar la nueva situación. Y en ese esfuerzo los grupos se desintegraron, sus diversos sectores se reagruparon una y otra vez en insólitas combinaciones, pues había que reajustar el viejo proyecto a una realidad nueva que creaba problemas inéditos.

Precisamente, el más agudo fue el de las relaciones entre el campo y la ciudad, entre las nuevas sociedades rurales y las burguesías criollas, específicamente urbanas y convencidas de su derecho a la hegemonía, en la medida en que la ciudad significaba para ellas la civilización y el mundo rural la ignorancia y la rutina primero y la barbarie después. El duelo empezó muy pronto, a partir del momento en que las burguesías criollas y urbanas convocaron a las poblaciones rurales para formar los ejércitos que defenderían la revolución, primero, y luego a cada una de las facciones que disputaban el poder. Con las armas en la mano, la nueva sociedad rural ingresó en el elenco de personajes que representaban el drama: pero su presencia no había sido prevista y quebró los esquemas de las burguesías criollas urbanas. Dada su función económica en el proceso de producción y dada su formación étnica y social, la aparición de las poblaciones rurales cuestionó el sentido mismo de las revoluciones. Para las burguesías criollas era evidente que habían sido protagonistas de una revolución política, por medio de las cuales el poder había pasado de las manos de un grupo a las de otro. Pero ellas sabían que provenían del grupo desplazado, que eran un grupo dentro de la misma clase; y aun las clases populares urbanas percibían que era eso lo que había ocurrido y se satisfacían con las perspectivas que el cambio de manos ofrecía. En cambio la aparición de las poblaciones rurales modificaba el planteo y abría el interrogante de si lo que se había producido era, más allá del designio de sus promotores, una revolución social. Era, sin duda, lo que oscuramente empezaban a sentir las poblaciones rurales convocadas a la defensa del nuevo régimen. Y fue lo que claramente percibieron las burguesías criollas, que a partir de ese momento debieron incluir ese problema entre los nuevos que no estaban previstos ni en su proyecto reformista ni en su proyecto revolucionario. Muy pronto, en cuanto se templó la euforia inicial, las respuestas empezaron a insinuarse, ajustadas a los términos de la ideología de la Ilustración. Moderados o jacobinos, los miembros de las burguesías criollas fijaron el alcance de sus pasos y decidieron restringir el proceso dentro de los términos de una revolución política. Fue la decisión de las sociedades urbanas conducidas por su llueva élite. Pero tuvieron que enfrentar una revolución social que empezó a hacerse espontáneamente, sin ideología al principio, pero a la que pronto se le ofrecería una, antiiluminista, que ya se estaba formulando en Europa: la del romanticismo, que en una de sus múltiples facetas reivindicaba la significación del pueblo y sobreponía su inspiración genuina a los rigurosos dictados de la razón. Así empezó la época que las burguesías criollas, urbanas e ilustradas, consideraron de anarquía.

El problema, imprevisto dentro de la ideología iluminista porque había sido desatado por las tensiones internas de la estructura social y económica, traía consigo otros. Uno, concreto y decisivo, se relacionaba con la fuente de la soberanía, otro, más abstracto, implicaba una decisión sobre si conservar o destruir el orden colonial. El primero fue resuelto de hecho, y quizá ya hubieran entrado en muchas mentes los principios del código napoleónico. Las burguesías criollas se aliaron a través de los cabildos, y ellos

fueron los que se constituyeron en representantes del pueblo; pero tuvieron que afrontar la disidencia de quienes no se sentían representados por ellos: fueron las poblaciones rurales o, mejor, quienes aglutinaron a las poblaciones rurales y las utilizaron como fuerza de apoyo en su lucha con las burguesías urbanas o con algunas de sus facciones. El segundo no fue sino un tema de meditación a largo plazo, pero estuvo presente en muchas mentes; y aunque teórico, entrañaba algunas decisiones importantes acerca del alcance y la consumación del cambio. Pero la tumultuosa crisis social y política que siguió a las revoluciones urbanas frustró la coherencia tanto del proyecto reformista como del proyecto revolucionario, y las decisiones reflejaron esa situación.

El punto primero y fundamental de la continuación o no del orden colonial era el de la independencia política, que se combinó con el de la forma de gobierno. Hubo opciones variadas: la independencia total dentro de un sistema republicano o monárquico, y vagas formas de protectorado entre las que no estaba excluida la posibilidad de un protectorado inglés. En el fondo, cada grupo de opinión, dentro de las burguesías criollas, estableció sus preferencias según otro dilema al que reducía la cuestión, precisamente, la ideología de la ilustración. Era la elección entre orden y anarquía, entre autoritarismo y libre juego de las fuerzas sociales. Pero no todas las fuerzas sociales tenían el mismo carácter para la burguesía criolla, urbana e ilustrada. Una cosa era la "gente decente" y otra el "populacho", y aun dentro de éste, una cosa era la plebe urbana y otra la plebe rural. La primera opción de las burguesías urbanas fue a favor de la "gente decente" y del orden; pero a medida que pasó el tiempo y las otras fuerzas sociales cobraron vigor y se canalizaron a través de ciertos grupos de la misma burguesía criolla que no rechazaron o buscaron el apoyo rural, las burguesías urbanas se dividieron en facciones que, en su lucha por el poder, se tornaron más comprensivas de la nueva realidad social.

El otro punto, no menos importante, fue el de la opción entre un régimen centralizado u otro en el que se reconociera personería política a las áreas regionales que habían comenzado a cobrar fisonomía propia. El centralismo suponía confirmar la significación de las ciudades y de sus burguesías, mantener la red urbana que concurría hacia las capitales, perpetuar un orden que ignoraba el proceso de diferenciación real que se había producido en cada área virreinal y mantenía la indiscriminación que había establecido la conquista y apenas había modificado, en el área hispánica, el régimen de intendencias. El regionalismo era su antítesis e ignoraba el principio del *uti possidetis*, afirmando pura y simplemente la realidad incontrovertible de las regiones que se habían descubierto a sí mismas y cuyos habitantes no reconocían otro ámbito que el que sentían como suyo, independientemente del armazón institucional. Y, como en el caso de la independencia y los regímenes políticos, las burguesías criollas, urbanas e ilustradas, se aferraron a la concepción centralista y se dividieron luego según los azares de la lucha de las facciones por el poder.

Fue, precisamente, la actitud pragmática de aquellos grupos que no vacilaron en buscar el apoyo de las nuevas fuerzas sociales desencadenadas después de los movimientos revolucionarios urbanos, lo que produjo la crisis de las burguesías criollas, todas originariamente urbanas e ilustradas y luego, poco a poco, diferenciadas entre los que seguían aferrados a su ideología y se negaban a reconocer la nueva realidad social, y los que, en cambio, la reconocieron y se encaramaron sobre ella, unos porque olvidaron su ideología, otros porque nunca habían estado muy convencidos de su vigencia y otros, en fin, porque aunque socialmente pertenecían a la burguesía urbana se mantenían adheridos a las concepciones preilustradas. Dividida, la burguesía criolla dejó de ser exclusivamente la élite de la nueva sociedad y cedió el paso a otra élite, criolla también pero menos atada a una ideología que a una situación la élite patricia.